



REFINAMIENTOS EN LA TEORIA PSICOANALITICA DEL PENSAR Y LA CONCIENCIA PARA UN INTERCAMBIO CON LAS NEUROCIENCIAS

David Maldavsky*

Resumen

El autor se propone aportar modelos psicoanalíticos refinados y acotados que a su vez sean aptos para el intercambio con los investigadores en neurociencias. Desde esta perspectiva se refiere a los procesos de pensamiento y a la conciencia originaria. Propone establecer nexos entre la teoría del pensamiento y la de la pulsión. Su objetivo es poner en evidencia que cada erogeneidad se expresa de una manera específica en cuanto a los contenidos y sobre todo la lógica del pensar, enlazada a su vez con percepciones, motricidades y estratos mnémicos diferenciales. A partir de esta hipótesis-marco, estudia los procesos de pensamiento y de memoria, la motricidad y la percepción inherentes a las erogeneidades intrasomática, oral primaria y sádico oral secundaria. La parte final del trabajo está destinada a investigar la conciencia originaria, incluyendo algunos aportes recientes en neurociencias.

Summary

Author proposes refine and restricted psychoanalytical models which also can be available for the interchange with neuroscience researchers. From this perspective, he makes references to the thoughts process and to the originally consciences. He proposes to establish links between thought and sexuality theories. His aim is to show that each erogeneicity is expressed in an specific way concerning the contents and specially thinking logic, connected with perceptions, motricities and differential mnemonic trances. From this frame-hypothesis, he studies and memory process, motricity and perception inherent to the intrasomatic, oral primary and sadistic oral secondary erogeneicities. The final part of the paper is destinated to research originary conscience, including some recent contributions in neurociences.

Presentación

La relación entre psicoanálisis y neurociencias está llena de obstáculos. Los problemas son múltiples: epistemológicos, metodológicos, teóricos. Por otra parte, también se dan tentativas recíprocas de subordinación, de reducción de una de las ciencias a las hipótesis de la otra, sea en el terreno teórico, sea en el práctico. Cuesta entonces

* Director del Instituto de Altos Estudios en Psicología y Ciencias Sociales. UCES.
E-Mail: dmaldavsky@elsitio.net

establecer un intercambio que resulte recíprocamente fructífero. Considero que en este sentido el trabajo mayor debe ser realizado por quienes nos proponemos como psicoanalistas, y a doble vía: por un lado, para sacar mejor provecho de las investigaciones y las prácticas recientes en neurociencias para la complejización interna de nuestro propio cuerpo de hipótesis; por otro lado, para facilitar el diseño de investigaciones en neurociencias al aportar modelos de procesos psíquicos que sin perder complejidad queden suficientemente acotados. Los psicoanalistas no hemos cumplido con ninguno de estos requisitos de manera satisfactoria. En cuanto al aprovechamiento de las hipótesis neurológicas, es muy relativo al avance logrado más allá de las citas al Proyecto de Freud. No se advierte a menudo cómo aprovechamos hoy los psicoanalistas los avances en el terreno neurocientífico. Como el cuerpo de trabajo analítico es sobre todo la clínica, no queda claro qué sector de los desarrollos en neurociencia, más allá de los ligados a los avances en la medicación, pueden ser aprovechados para la mejor comprensión de los procesos psíquicos. Este punto, como muchos otros, requiere de trabajo reflexivo y crítico. Pero es mayor la deuda respecto de la otra tarea, es decir, aportar algunos modelos no reduccionistas, que sin perder la sofisticación sean más accesibles al diseño de investigaciones en neurociencias. En este punto se advierte una gran dificultad para aportar modelos precisos, específicos, de funcionamiento psíquico, que por una parte tomen en cuenta los fundamentos teóricos y por otra parte abran el camino a la comprensión de la diversidad de los procesos particulares, y nos acerquen así a la posibilidad de que nuestro lenguaje sea apto para que los neurocientistas, a su vez, investiguen lo propio. Este trabajo se orienta más bien en esta segunda dirección: pretende presentar un enfoque diferenciado del pensamiento inconsciente y de la conciencia originaria, con el objetivo de realizar una mayor aproximación a la posibilidad de desarrollar diseños de investigación neurocientífica no reduccionistas, a partir de los interrogantes psicoanalíticos.

Antes de avanzar en nuestra propuesta, deseo ubicar el presente trabajo en el marco de mis desarrollos recientes, los cuales se han centrado (Maldavsky, 1997, 1998a, 1998b, 1999a, 2001, Maldavsky et al., 2000, 2001) en cuestiones del lenguaje como expresión de la erogeneidad y la defensa. Consideré desde esta perspectiva diferentes lenguajes del erotismo y presenté un método de investigación del discurso en las sesiones de análisis. Dicho método propone deslindar entre redes de palabras, estructuras-frase y secuencias narrativas, sobre los cuales es posible investigar, y que son testimonios de una erogeneidad. He estudiado el lenguaje de los erotismos clásicamente descritos por Freud (1933a): oral primario, sádico oral secundario, sádico anal primario, sádico anal secundario, fálico uretral, fálico genital, a los que agregué la libido intrasomática, que corresponde a esos momentos iniciales de la vida pulsional posnatal, cuando la libido inviste los órganos internos, en particular corazón y pulmones (Freud, 1926d). En consecuencia, nuestra base empírica está constituida por el discurso, sobre todo el de los pacientes en sesión, en el cual estudiamos palabras, frases, relatos desde la perspectiva de la erogeneidad. Diferentes orientaciones en la

investigación apelan a esta misma base empírica, en ciencias sociales y en psicología, algunas de ellas de tipo cognitivista. Sarbin (1986), por ejemplo, afirmó que, como metáfora para la psicología, la narrativa es preferible a la computadora, la rata de laboratorio y el científico ingenuo. Brunner (1990), por su parte, sostuvo que la psicología narrativa es una tentativa de recobrar el proyecto original de la primera revolución cognitiva: restablecer un fundamento centrado en la cultura y el sentido, en lugar del modelo computacional o los enfoques neurofisiológicos de flujo de información. Afirmó que la narración constituye también un modo de pensamiento y de acción que puede ser estudiada en términos de representaciones y planes cognitivos. Por mi lado, parto de la misma base empírica, pero con otros supuestos, ya que considero al relato como expresión de la vida pulsional, hecho que conduce a resultados diferentes de los expuestos en las corrientes cognitivistas.

En la presentación que sigue pretendo avanzar en una dirección complementaria a la de mis trabajos previos sobre lenguaje y erogeneidad. Pretendo ahora profundizar en el estudio de las lógicas que rigen los procesos endopsíquicos de los cuales derivan las manifestaciones antedichas. Tras referirme a estas lógicas en la teoría de Freud, presto atención a su enfoque del pensar, al enlace con la pulsión y la motricidad. Luego considero la cuestión de la motricidad específica que constituye la forma de tramitar una erogeneidad y su enlace con el pensar. Más adelante estudio con mayor detenimiento varias erogeneidades: intrasomática, oral primaria y sádico-oral secundaria, y la conquista psíquica de lógicas (como se verá luego, correspondientes a la simultaneidad), de una motricidad, de una percepción, de un conjunto de huellas mnémicas, de decisiones y de pensamientos. En realidad, estas propuestas constituyen una tentativa de refinar algo más las hipótesis expuestas a lo largo de mis libros previos. En todos ellos investigué (Lieberman y Maldavsky, 1975, Maldavsky, 1968, 1973, 1976, 1980, 1986, 1990, 1992, 1993, 1995a, 1995b, 1997, 1998a, 1998b, 1999a, 2001, Maldavsky et al., 1983, 2000, 2001) la teoría de las representaciones, en la mayoría me referí a la teoría del pensamiento, y estudié las cuestiones de los desempeños motrices y de la formalización de la materia sensible. En la parte final me dedico a la consideración de otro tema, el de la conciencia originaria, que es para Freud el fundamento de la subjetividad. También he dedicado al tema varias páginas de mis libros previos (Maldavsky, 1986, 1992, 1995a, 1995b, 1997, 1998a, 1999a), y en esta oportunidad deseo igualmente agregar a lo previamente expuesto algunas otras precisiones. El estudio de la conciencia originaria se imbrica con las consideraciones expuestas en los apartados sobre la tramitación de las erogeneidades intrasomática y oral primaria.

Estratos mnémicos: lógicas y contenidos

Las ideas que Freud sugirió en *La interpretación de los sueños* sobre los estratos de huellas mnémicas se compaginan con otras, de pocos años antes, expuestas en la "Carta 52" a Fliess. Las hipótesis propuestas por Freud en ambas oportunidades son

coincidentes, y corresponden (y así lo entendí yo durante años) a una teoría de la memoria. En efecto, Freud afirma que la memoria está constituida por diferentes estratos de huellas mnémicas, las cuales se organizan a lo largo de la vida en forma sucesiva. El último estrato en conformarse es, en cada momento, el que gobierna la motilidad voluntaria y decide sobre el acceso a la conciencia de recuerdos y pensamientos. Los estratos más tempranos, en cambio, están apegados al mundo de las vivencias y las percepciones de donde derivan las huellas mnémicas iniciales. En suma, existen diferencias temporales (por el origen de cada estrato mnémico, más temprano o más tardío), funcionales (por el dominio o no de la motilidad y la conciencia “oficiales”) y posicionales (mayor o menos cercanía del origen sensorial/vivencial o del polo de la motricidad y la superficie anímica). Una aparente diferencia consiste en que uno de los estratos, cercano a la motricidad y la conciencia “oficiales”, a la superficie psíquica, está constituido por palabras, las cuales pasan a ser el contenido de dicho sistema mnémico. Así, pues, la representación-palabra sería el contenido de ese estrato mnémico que, por mediar entre los previos y la superficie, fue designado precisamente como preconscious. Sin embargo, también en los otros estratos mnémicos, anteriores en la constitución de la memoria, hallamos representaciones-palabra. Por lo tanto, esta es una diferencia solo aparente; pero la observación que acabamos de hacer nos permite acceder a otro modo de diferenciar entre los estratos mnémicos, tal como lo ha propuesto Freud en las obras ya citadas. En efecto, no importa tanto el contenido en sí de cada estrato mnémico cuanto la lógica que rige las relaciones entre sus elementos. Freud sostuvo, al respecto, que en cada estrato mnémico prevalece un criterio interno diferente. En los estratos mnémicos más tempranos predomina la simultaneidad, relevada luego, como criterio central, por la analogía. Esta es característica de una parte de la memoria distante tanto de las percepciones y vivencias cuanto de la conciencia oficial, y constituye específicamente lo inconsciente. También los estratos mnémicos más tempranos, cercanos a la percepción, son inconscientes, pero no constituyen el núcleo de este sistema. Freud utilizó diferentes denominaciones para designar los primeros estratos mnémicos, regidos por la simultaneidad (signo perceptivo, huella mnémica), así como los creados luego, basados ya en la analogía (huella mnémica inconsciente, inconsciente, representación-cosa). Más allá de la diversidad de los nombres, se advierte la persistencia de su enfoque. Las diferencias temporales, funcionales, tópicas y lógicas entre los estratos mnémicos pueden ser analizadas con mayor profundidad, ya que es posible distinguir, a su vez, entre varias formas de entender términos como simultaneidad y analogía.

Comencemos con la cuestión de la analogía, que se contrapone a la identidad y a la diversidad totales. Freud (1950a, “Proyecto de psicología”) ilustra la cuestión al aludir al complejo del prójimo o del semejante, el cual es discernible cuando el yo lo compara consigo mismo. Posee aspectos idénticos al yo (sus predicados, que son variables) y un núcleo (los rasgos duraderos) irreductible al núcleo del yo. Si bien luego volveremos sobre este punto para profundizar en el análisis del complejo del pró-



jimo, por ahora podemos extraer conclusiones en relación con la analogía o semejanza. Esta difiere de la identidad pero también de la ajenidad totales, que, como criterios, son más bien inherentes a los estratos mnémicos regidos por la simultaneidad. Esta última implica, pues, que el otro queda ubicado o bien como doble del yo o bien como algo inasimilable, irreductible, que por lo tanto solo puede ser expulsado y aniquilado, ya que de lo contrario es el yo el que sufre como destino la destrucción. El surgimiento de la analogía en lugar de la simultaneidad y la identidad permite dar cabida psíquica a lo diverso del yo sin que ello implique la aniquilación para uno u otro de los componentes del vínculo.

Aclarado algo más el criterio analógico volvamos sobre la cuestión de la simultaneidad. A diferencia de la analogía, que constituye un criterio que tiende a reordenar huellas mnémicas preexistentes a partir de la detección (o construcción) de rasgos diferenciales entre los recuerdos del otro y del yo propio, la simultaneidad ordena (y produce) elementos mnémicos al reunir componentes sensorio-motrices dispersos. Con ello quiero decir que la simultaneidad (como lo destacó Freud) corresponde a estratos mnémicos cuyos contenidos están más apegados al mundo de las vivencias. Claro que entonces cabe preguntarse por lo implicado en el término simultaneidad. Una respuesta rápida sería decir que la simultaneidad alude a un ordenamiento sincrónico como criterio para reunir los términos vivenciados. En nuestra tentativa de dilucidar lo implicado en la hipótesis sobre la simultaneidad avizoramos dos cuestiones que se desprenden de la afirmación precedente: cuál es el criterio para definir que ciertos elementos perceptivos son sincrónicos, cuál es el criterio para jerarquizar, entre los manojos sensorio-motrices complejos, lo que puede ser reunido. Respecto de la primera pregunta es posible dar dos respuestas: o bien el criterio es subjetivo o bien es objetivo, es decir, la simultaneidad puede corresponder sea a lo acontecido en el mundo perceptivo-motriz en un momento dado, sea a lo que se construye en lo psíquico como sucesos de ese instante.

Nosotros pensamos que, en el proceso de constitución de lo psíquico, es decisiva la subjetividad en cuanto a la determinación de la simultaneidad. Esta, pues, no corresponde a acontecimientos objetivamente sincrónicos sino a lo configurado como tal por lo anímico. El parámetro definatorio de la simultaneidad se halla en los procesos pulsionales, económicos, en el ciclo que va del despertar de una exigencia pulsional hasta su tramitación. Este ciclo suele ir acompañado de matices afectivos, en la serie placer-displacer, que también tienen rasgos diferenciales (calidad, intensidad, duración) según cuáles sean los procesos pulsionales involucrados y las influencias del medio. Pero Freud sostuvo además que existen varios estratos mnémicos basados en la simultaneidad. Por nuestra parte, sostuvimos que la simultaneidad vale no solo como criterio para reunir elementos mnémicos sino también para enlazar deseo, percepción y motricidad, en el sentido de que el objeto anhelado tiene que aparecer necesariamente, porque de lo contrario los procesos psíquicos se vuelven insostenibles. Pe-

ro además, y éste es el punto que deseamos encarar ahora (el primero, el del enlace por simultaneidad entre deseo, percepción y motricidad, se desarrolla más adelante), la simultaneidad como criterio puede enlazar manojos sensorio-motrices diversos. Estos estratos mnémicos a menudo quedan retrascriptos en los otros, posteriores, más sofisticados en cuanto a su lógica interna. Pese a ello, algunos fragmentos, de mayor o menor magnitud, pueden permanecer sin traducción, es decir, pueden no tener cabida en los estratos más sofisticados de la memoria. Las razones pueden ser múltiples: desestructuración de las huellas mnémicas inconscientes basadas en la analogía (como ocurre sobre todo en las psicosis), no constitución o desarrollo solo fragmentario de dichos estratos mnémicos (como tal vez ocurra en algunas patologías tóxicas y traumáticas), características particulares de las vivencias, que han desprendido una magnitud desmesurada de la incitación pulsional. Más allá de la diversidad de las situaciones determinantes, el desenlace es el mismo: tales recuerdos pujan por acceder a la conciencia y la motilidad bajo la forma de una permanente actualidad, con una superposición entre las escenas previas y el vivenciar actual y entre el yo y el mundo. Así advertimos otro valor de la simultaneidad: que lo recordado se presenta al mismo tiempo como vivencia presente. En tales situaciones no existe espacio anímico para lo diferencial, para lo diverso del yo, ya que el mundo intersubjetivo es entendido en términos de los dobles, en sus múltiples versiones: lo que yo soy, lo que yo fui, lo que yo seré, lo que ha salido de mí mismo, y al mismo tiempo, como imagen especular, como sombra, como espíritu o como placenta (Maldavsky, 1999b).

Hasta aquí algunas puntualizaciones sobre lo implicado en el término simultaneidad en tanto criterio ordenador de los estratos mnémicos, punto que reconsideraremos luego algo más, sobre todo para diferenciar entre una variedad de alternativas. Además de mis desarrollos al respecto, cabe destacar la propuesta de Bion (1963a, 1963b) cuando se refiere al hecho seleccionado, derivado de una conjunción constante. Dicha conjunción parece coincidir con la hipótesis freudiana referida a la simultaneidad. También la alusión a la constancia, como criterio para reunir en un mismo conjunto mnémico impresiones sensoriales diversas, evoca hipótesis del creador del psicoanálisis.

La constitución de estos estratos mnémicos regidos por lógicas cada vez más sofisticadas permite prestar atención al vasto campo del desarrollo yoico, que puede o no ser un complemento del desarrollo de las fases de la libido; en realidad es una de las formas más importantes de aportarle a estas, a su componente voluptuoso, un lenguaje.

Hemos dejado sin considerar hasta aquí la cuestión de la causalidad, un criterio lógico que Freud también propone, sobre todo para los estratos mnémicos inconscientes, más alejados del mundo de las percepciones. Por nuestra parte, preferimos distinguir entre las causalidades que acompañan a los criterios mnémicos centrados en la simultaneidad y las causalidades ligadas a las inscripciones psíquicas regidas por la analo-



gía. Un tipo de causalidad, la destacada por Freud, enlaza huellas mnémicas entre sí. El complejo de castración corresponde a este tipo de causalidad, que liga entre sí complejos del semejante y pretende justificar la ausencia de pene en la niña. Otro tipo de causalidad, inherente a los estratos mnémicos regidos por el criterio de la simultaneidad, reúne huellas mnémicas con el mundo de la percepción y la motricidad. La causa de las vicisitudes pulsionales, de los estados de placer o displacer, se halla en el vivenciar inmediato, en el universo sensorio-motriz, y no se la detecta por un pensar, que enlaza procesos endopsíquicos.

Estas hipótesis nos conducen a la conclusión de que las estratificaciones de huellas mnémicas poseen una relación compleja con la actividad del pensar. Por un lado, el pensar requiere de dichas representaciones, constituyen sus útiles de trabajo, digamos (por ejemplo, en la actividad de reconocimiento de una realidad percibida al articularla con los recuerdos), pero por otro lado también las huellas mnémicas son su producto. En efecto, los diferentes criterios para enlazar los elementos mnémicos forman parte de la misma actividad de pensamiento. Esta afirmación implica que consideramos que las lógicas propias de los diferentes estratos mnémicos son, en el fondo, lógicas propias del pensar inconsciente. Antes de abandonar este punto y pasar a considerar más detenidamente la actividad de pensamiento en sí misma, deseo destacar que en otros libros (Maldavsky, 1980, 1986, 1997, 1998a, 1998b, 1999a, 2001, Maldavsky et al, 2000, 2001) he aportado evidencias clínicas de esta forma freudiana de entender la memoria. Así, pues, a diferencia de las pruebas experimentales de laboratorio, podemos aportar este otro repertorio de argumentos ligados a los hechos en que basamos nuestras afirmaciones, en la tentativa de mantenernos en la orientación de Freud cuando sostenía que el psicoanálisis es una ciencia de base empírica.

Vida pulsional, procesos de pensamiento, desempeños motrices

Freud (1923b) sostuvo que los “procesos de pensamiento” se consuman en algún lugar del interior del aparato psíquico como “desplazamientos de energía anímica en el camino hacia la acción” (pág. 21). Esta definición implica categorizar a los procesos de pensamiento, junto con los afectos, como acciones psíquicas, como actos puramente internos, a diferencia de las percepciones y las sensaciones (que parten de la superficie anímica) y de las huellas mnémicas (que son residuos del vivenciar, es decir, que son destinos anímicos de las percepciones, las sensaciones y los afectos). A su vez, entre los actos puramente internos, los pensamientos y los afectos difieren en dos puntos. Uno consiste en que en los pensamientos la libido se desplaza (por ejemplo, de una representación a otra), mientras que en el afecto la libido se desprende (sea por una descarga, sea por una hemorragia, como ocurre en el dolor). La segunda diferencia deriva de la ya indicada, y concierne al modo en que uno y otro llegan a la conciencia. El afecto arriba a ella por sí mismo. Así ocurre en el desarrollo de afecto, ya que a los desprendimientos libidinales aludidos se le agrega el matiz, el tono. Este componente del afecto constituye una cualidad, es decir, un contenido de

conciencia. En cambio, el proceso de pensamiento sólo puede acceder a la cualificación y la conciencia por otros caminos, que involucran un nexo con la sensorialidad vía preconsciente, vía imagen visual, vía motricidad voluntaria.

Establecidas estas diferencias, podemos dar toda su dimensión a un aspecto de la definición freudiana de los procesos de pensamiento: 1) que se consuman en el interior del aparato psíquico, es decir, que son actos puramente internos. Nos quedan por considerar otros tres aspectos de la definición freudiana de pensamiento; 2) que se trata de un proceso de desplazamiento (como antes lo mencionamos); 3) que lo que circula es energía anímica, y 4) que se encamina hacia la acción.

Respecto de la naturaleza de la energía circulante, la obra de Freud resulta insistente: es la pulsión, y quizá sobre todo Eros (sexualidad y autoconservación/conservación de la especie), en un esfuerzo por ligar la pulsión de muerte, la cual queda integrada también en esta actividad psíquica. Quizás al avanzar en la argumentación podemos precisar las influencias específicas que cada componente pulsional aporta a los procesos de pensamiento, y en especial cuál es la contribución de cada moción libidinal, que parece la pieza central en el conjunto.

En relación con el desplazamiento, ya lo contrastamos con el desprendimiento. El desplazamiento es el mecanismo básico del proceso primario. El otro descrito por Freud (1900a), la condensación, es tributario del ya mencionado, puesto que deriva del encuentro de diferentes desplazamientos en un punto, el cual a su vez está múltiplemente determinado. El desplazamiento presupone un quite parcial de investidura de una representación y su pasaje a otra, con lo cual la tensión pulsional se conserva, y, en las situaciones exitosas, se acompaña de una complejización estructural. En cambio, el desprendimiento libidinal propio de los afectos implica una pérdida de la posibilidad de invertir.

El cuarto aspecto mencionado con anterioridad, la acción, requiere también de precisiones. Se trata de acciones específicas, que procuran resolver la tensión endógena que promovió la actividad de pensamiento. Esta acción específica consiste en un desempeño motriz que sólo puede consumarse en presencia de determinadas condiciones (por ejemplo, la succión cuando el pecho, como objeto, está en posición favorable), con lo cual se presenta el problema del estudio de la sensorialidad, en cuanto a forma y contenido, y su relación con cada exigencia pulsional.

Este breve comentario sobre la definición freudiana de los procesos de pensamiento nos permite introducir algunos interrogantes. Si el pensamiento supone un desplazamiento, cabe preguntarse, entre otras cuestiones, cuál es el criterio para que la energía pase de un elemento psíquico a otro. Además, si el pensamiento conduce a la acción, podemos, al menos, preguntarnos por los criterios para decidir cuándo despla-



gar esta última. También podemos preguntarnos qué implicancias tiene la afirmación freudiana de que la acción es específica, en relación con la teoría del pensamiento. En efecto, tal vez nos veamos llevados a pensar que, del mismo modo que la acción, también el pensamiento resulta altamente específico en relación con cada exigencia pulsional.

Pero antes de avanzar en esta orientación, cabe destacar que el pensamiento, como proceso de desplazamiento, es una actividad psíquica derivada de una decepción, de una no consumación pulsional, y en este sentido se contrapone al otro gran proceso endopsíquico, el afecto, y sobre todo a uno, el dolor, que constituye una desinversión libidinal hemorrágica. Privilegiar el pensamiento en lugar de los estallidos afectivos es consecuencia de un particular entrelazamiento pulsional, combinado con influjos ambientales favorecedores, como se expondrá más adelante.

Es hora de considerar con más detalle la cuestión del pensamiento y su enlace con la vida pulsional y los desempeños motrices. Ha sido poco considerado el valor que tiene el pensamiento en el conjunto de los elementos psíquicos que son representantes de las pulsiones, y que abarcan también a representaciones y afectos. Consideramos que, en dicho conjunto, los pensamientos son los representantes simbólicos más genuinos del mundo pulsional, más aún que las representaciones, las cuales suelen tener también una impronta dada por el mundo sensorial, e inclusive más que los afectos, los cuales pueden recibir el influjo del contagio por la economía pulsional ajena. Ya destacamos que entre las pulsiones intervinientes en la vida anímica, la que constituye el factor dinámico en los procesos de pensamiento es la sexualidad. Estas afirmaciones, que configuran una base desde la que partimos, nos conducen a proponer este nuevo paso, doble: que cada erogeneidad exige desempeños motrices diferenciales, y que, en consecuencia, es posible precisar de manera más definida la hipótesis freudiana sobre el pensamiento como desplazamiento en el camino hacia la acción. Pese a que se trata de dos argumentos entrelazados, es necesario exponer cada uno por separado. Sobre todo merece ser considerado el primero, ya que el segundo es más bien su derivación.

La noción de acción específica contiene ya esta idea de que cada moción sexual sólo puede ser tramitada por desempeños motrices diferenciales. El ejemplo del análisis freudiano de la frase “pegan a un niño” resulta esclarecedor: el verbo “pegar” expresa la tramitación de una erogeneidad determinada, la sádico-anal, y no la de otra moción sensual. Del mismo modo, Freud atribuye el temor de ciertos fóbicos a ser devorado a una erogeneidad oral canibalista. Puede cambiar el modo de conjugar el verbo: devorar/ser devorado/devorarse. Para explicar estas diferencias Freud (1915c) desarrolla una teoría sobre las posiciones anímicas (sujeto, objeto) respecto de la erogeneidad, relacionadas con la acción mentada por el verbo en cuestión. No puede, en cambio, sustituirse un tipo de verbo por otro. Si, en contraste, se reemplaza “golpear”

por “devorar”, entonces ya es necesario recurrir a otras hipótesis (como las concernientes a la regresión pulsional y/o yoica) que tienen un carácter más radical que las anteriores, ya que involucran a los fundamentos económicos de la vida pulsional.

Así, pues, cada erogeneidad requiere de desempeños motrices específicos, que Freud (1933a) enunció en parte. Es posible objetar que existen muchos actos que no quedan abarcados por el grupo restringido de acciones que testimonian más directamente de la existencia de una incitación erógena. Pero a ello podría responder que en la vida anímica se dan secuencias de acciones, las cuales constituyen programas, ordenados en términos de relaciones de subordinación y dependencia. Greimas (1970) sostenía que si se pretende estudiar la significatividad de determinado desempeño motriz, es necesario insertarlo en un programa, el cual implica una direccionalidad definida. “Pegar”, por ejemplo, presupone un acercamiento motriz al objeto y tal vez un sujetamiento para impedirle la réplica, la defensa y la fuga. Es posible que esta subordinación entre las acciones, en términos de medios y fines, sea el efecto ya no sólo del aporte de la erogeneidad, sino también de la pulsión de autoconservación. Esta introduce en el conjunto el miramiento por lo útil, que las acciones sean acordes a fines. Además, los desempeños motrices tienen un importante valor en cuanto a la liga de la pulsión de muerte. Freud (1924c) destaca sobre todo el valor del sadismo muscular aloplástico, del cual derivan las pulsiones de destrucción y de apoderamiento. Pero resulta interesante prestar atención a otras motricidades, correspondientes a desempeños musculares anteriores, más elementales; por ejemplo los inherentes a la devoración.

Antes de avanzar en esta propuesta, es conveniente apuntar que los desempeños motrices responden a las diferentes incitaciones pulsionales. Las pulsiones de autoconservación y la sexualidad recurren a la musculatura para ligar la pulsión de muerte actuante en el organismo. De este esfuerzo de ligadura surgen las prácticas sadomasoquistas. A su vez, estas tienen una cualificación diferencial en la medida en que cada erogeneidad aporta una exigencia diversa de tramitación vía acciones específicas. La sexualidad aporta además una ganancia adicional de placer, que puede conducir a que los desempeños motrices se vuelvan desenfrenados y culminen en estados inertes. La pulsión de autoconservación impone a dichos desempeños un criterio, la preservación del principio de constancia, como modo de interferir en la orientación hacia la inercia propuesta a la sexualidad por la pulsión de muerte.

El entramado entre sexualidad y autoconservación que opera sobre la actividad muscular puede culminar en una conquista anímica, consistente en un criterio para regir estos desempeños motrices. Tal conquista de un criterio para operar motrizmente difiere según la sexualidad dominante, y es consecuencia de un esfuerzo impuesto por la pulsión de autoconservación. Podemos decir, en consecuencia, que el proceso culmina en conquistar de la erogeneidad una lógica para la vida psíquica.



En síntesis, la afirmación de Freud (1912-13) de que “en el comienzo fue la acción”, o la hipótesis de que el pensamiento es una acción de ensayo nos conduce a sostener que las leyes que rigen el despliegue de los diferentes desempeños motrices tienen también su eficacia en los desplazamientos de energía anímica. Con ello quiero decir, en última instancia, que si existen acciones diferenciales exigidas por cada erogeneidad, igualmente esta impone criterios específicos a los desplazamientos entre los elementos anímicos, es decir, a los actos de pensamiento. La sexualidad impone también un carácter específico a estos elementos sobre los cuales se desplaza la energía, entre ellos las representaciones. Además difiere en cada ocasión la decisión que conduce del pensamiento a la acción (o a su inhibición). Así, pues, si cada erogeneidad exige ser tramitada mediante desempeños motrices específicos, esto genera efectos en el pensar al menos por tres vías: 1) el criterio (la lógica) para los desplazamientos entre elementos psíquicos, 2) ciertos rasgos de dichos elementos, 3) el tipo de decisión (juicio) que conduce hacia la acción. En consecuencia, la tramitación de determinada sensualidad consiste en extraer de ella una lógica, para lo cual lo anímico está preparado filogenéticamente. Tal lógica se desarrolla de un modo necesario, no contingente, y si el yo no puede apoderarse de ella (por la fijación a vivencias de dolor), entonces se despliega fuera, en un sujeto ajeno. Este realiza entonces los procesos anímicos inherentes a esa erogeneidad, incluso los desempeños motrices, y lo hace a costa del yo. Los apartados que siguen pretenden poner en evidencia los nexos entre determinadas erogeneidades, desempeños motrices, lógicas del pensar y formalizaciones específicas del mundo sensorial.

Erogenidad intrasomática: procesos de pensamientos y desempeños motrices

Comencemos con la consideración de los pensamientos inherentes al lenguaje del erotismo intrasomático. Este erotismo se caracteriza por la investidura de los órganos internos (inicialmente corazón y pulmones y luego seguramente los implicados en el acto alimentario: esófago, estómago, intestino). La actividad es pues múltiple: cardíaca, respiratoria, digestiva, dos de ellas (las mencionadas en último término) coordinadas en torno de la garganta, por donde circulan alimento y oxígeno. Por allí circula también el grito del recién nacido, que no constituye un llamado sino que más bien responde a la tendencia general a la eliminación de la tensión endógena displacentera vía alteración interna. Es que, más allá de las motricidades implicadas, Freud (1950a, “Proyecto”) destaca un criterio con el cual se las emplea: precisamente, la alteración interna. El supuesto que rige esta actividad consiste en que con el solo acto propio la tensión interna desaparece, criterio que en verdad es válido en relación con la respiración como modo de resolver la necesidad de renovar oxígeno y conjurar el riesgo del envenenamiento de la sangre por autointoxicación. El yo implicado en este proceso es el yo real primitivo, para el cual el mundo exterior (captado por los órganos sensoriales ubicados en la periferia exterior del cuerpo) resulta indiferente y sólo cuenta la realidad interna, pulsional. El mundo exterior es captado en términos de frecuencias (Lacan, 1964b), de períodos (1950a, “Proyecto”), de vibraciones que

se transmiten de un organismo a otro (como el timbre de voz), más que en términos de cualidades diferenciales. Sólo muy precariamente la atención psíquica inviste el nexo con la exterioridad captada como conjunto de cualidades, y pronto el yo se ve ante la necesidad de recogimiento sobre sí y entra en sopor, en somnolencia. Incluso, es posible establecer equivalencias entre incitaciones que tengan la misma frecuencia, aunque sean captadas por sistemas sensoriales diferentes, como lo destacó Lacan (1964b) citando a Pavlov. También resulta importante que existan diferencias entre frecuencias, con lo cual se genera una tensión por el encuentro entre lo diverso y se neutraliza una tendencia a la monotonía que puede conducir a la somnolencia o, en los casos extremos, a condiciones inerciales. La tensión entre incitaciones con frecuencias diferentes parece a su vez un requisito para el desarrollo de la cualificación. Un sector del mundo cualitativo, el afecto, puede alcanzar entonces algo de vigencia, y puede dotar de significatividad a su vez a otro universo diferencial, el de las percepciones cenestésicas. En efecto, en principio, tiene relevancia una espacialidad intracorporal en la cual se reúnen las pulsiones, los afectos (generados también por alteración interna), la sensorialidad interna, incluyendo el dolor corporal, las sensaciones ligadas a la presión y al equilibrio (vértigo), las de asfixia y la serie de la cenestesia, de donde provienen las representaciones-órgano. Entre las diferentes actividades motrices, la respiratoria parece tener la hegemonía, ya que otra (el mamar) tiene aún un carácter pasivo, en el sentido de que se rige por la alteración interna, y no por la acción específica: el infante traga lo que ha aparecido en el fondo de su boca, sea leche u otro tipo de líquido. Su propia succión es aun pasiva, más que el efecto de una decisión por sí o por no. En cambio, la respiración parece un mejor camino para esclarecer la cuestión de la actividad en este momento. En efecto, conocemos relatos, como los de los pacientes que recurren a la asfixia en sus prácticas masturbatorias, los de quienes apelan a la regulación de la respiración como modo de restablecer el equilibrio interno (como en los procedimientos autocalmantes), los que enfatizan la condición de encierro en un ascensor o en un submarino, así como muchos otros, entre los que podemos mencionar los juegos sociales con los sonidos entre los esquimales (Tarrab de Sucari, 1995), que evidencian que esta actividad ligada a la incorporación de oxígeno y la expulsión de anhídrido carbónico tiene su lógica y que implica una forma elemental de neutralizar la pulsión de muerte mediante un tipo particular de sadismo. Este consiste en suponer que la realidad mundana es también un conjunto de pulmones y de productores de oxígeno (el pulmón de la ciudad, decimos, porque nos permite respirar a nosotros). De modo que puede haber un goce doble: por privar de oxígeno a un pulmón ajeno, por dejarse intoxicar en la asfixia (es decir, un tipo de masoquismo que puede participar de la práctica masturbatoria), privado de oxígeno por otro. También estudiamos estos juegos con la respiración en los casos de distrofia muscular progresiva, que deben ser asistidos con respirador o con pulmomotor (Maldavsky, 1995a) y en muchas otras condiciones. En cuanto al goce por dejar al otro sin oxígeno, se advierte también entre quienes se ubican como esos parásitos adosados a otro cuerpo, del cual se nutren, y de los que podemos decir que



respiran por pulmón ajeno. Claro está, realizamos permanentes pasajes del nivel del relato al de la especulación sobre la vida anímica en el yo real primitivo y sus correspondientes tomas de decisión, aunque al mismo tiempo presentamos diferentes ejemplos clínicos en los que la actividad respiratoria tiene su peso. Un afecto, la angustia, parece tener en este punto su base tóxica (Freud, 1926d). He considerado el tema en varias oportunidades (Maldavsky, 1986, 1992, 1995a, 1995b; véase también Tate de Stanley, 2001). Sólo me interesa aquí destacar que está en juego un tipo de decisión, propia del yo real primitivo. Cabe preguntarse cuál es el criterio para la toma de decisión en este proceso. Consideramos que lo es el surgimiento de la tensión de necesidad acompañada del correspondiente displacer (angustia tóxica). Es posible que este mismo criterio (el pasaje de la tensión de necesidad a la acción de descarga según el principio de la alteración interna) también sea aplicado inicialmente por el infante a otras actividades, como el chupeteo, la succión o la deglución pasivas, así como al defecar o el orinar por rebalsamiento. De modo que en principio la alteración interna parece ser el criterio para el intercambio inicial con un mundo indiferente. Se trata de una forma elemental de la simultaneidad entre tensión displacentera y desempeño motriz (alteración interna), que deja como sedimento ciertas huellas mnémicas del propio cuerpo, correlativas de los estados de tensión interna y de resolución de dicha tensión, expresadas como afectos y como registros sensoriales intracorporales. Estas primeras inscripciones derivan de la investidura de las sensaciones cenestésicas y de las actividades ligadas a la resolución de las diversas tensiones displacenteras.

También parece probable que el apoderamiento de esta motricidad que permite resolver tensiones por la alteración interna exija un nexo con un sujeto-otro en el cual el infante capte el logro de dicho desempeño motriz. En este otro el infante se capta a sí mismo de un modo anticipatorio en cuanto a su posibilidad de alcanzar dicho dominio de sí. Es probable que dicha captación del otro se alcance más bien vía contagio afectivo, vía armonización de frecuencias y vía registro de la presión y del equilibrio, que a través de la sensorialidad de la periferia exterior del cuerpo. Entonces puede ser que ciertas perturbaciones en cuanto al criterio de regulación de las actividades ligadas a la alteración interna (oclusión de la garganta o respiración acelerada, por ejemplo) sean un efecto de un nexo intersubjetivo en que el infante no ha podido hallar en el estímulo aportado por el otro un modelo que le permita acceder a la conquista de una lógica para decidir acerca de estos desempeños motrices como primera forma de liga de la pulsión de muerte por un acto sádico promovido por Eros (sexualidad y autoconservación).

Otra pulsión, tan importante como la de respirar, es la de dormir, la cual se tramita también mediante la alteración interna. Claro está, podemos preguntarnos por el tipo de actividad en juego, o el tipo de decisión yoica inherente a este pensar inconsciente elemental. El dormir es para Freud (1940a) testimonio de una tendencia a retornar a la lógica de la economía pulsional fetal, en que la tensión de necesidad es resuelta

sin necesidad siquiera de la alteración interna, por el aporte del organismo materno. El dormir implica una desinversión del mundo sensorial, es decir, un énfasis en que éste es indiferente y que sólo importa la realidad interna. El dormir puede tener tres valores: 1) restablecer la economía pulsional fetal y el consiguiente nexo entre, por un lado, la energía y el funcionamiento nerviosos y, por el otro, una vida pulsional en estado de equilibrio, 2) dejarse morir, como un modo de abandono de sí, 3) defensa ante una exterioridad displacentera, tal como lo describieron Brazelton y Cramer (1990), al estudiar la habituación. Este empleo defensivo del dormir falta en los niños nacidos prematuros, con lo cual podemos preguntarnos acerca del valor del período final del embarazo para el desarrollo de este mecanismo ulterior. Dicha defensa conduce a un dormir tenso, que no está al servicio del restablecimiento de un nexo entre el sistema neuronal y la economía pulsional ni constituye tampoco un abandono de sí, una entrega a la inercia. El tercer tipo de dormir, como defensa, es una forma de expresar la hostilidad, y, en este sentido, de ligar la pulsión de muerte por el camino de la alteración interna. Es posible que la hostilidad tramitada de este modo corresponda a una vivencia de intrusión en la economía pulsional, al ser exigido el yo a un esfuerzo adicional de atención, que ya tiene un carácter pasivo, reflectorio, en lugar de derivar de un movimiento psíquico dirigido hacia el mundo. En este acto hostil de recogimiento libidinal (como forma de sustraerse de una atención pasiva, reflectoria) tiene peso el egoísmo, del cual el narcisismo es un complemento libidinal. Conciliar el sueño exige habitualmente una incitación mundana monótona, no ausente pero tampoco atractiva, y cuando así no ocurre, y el universo sensorial extracorporal se mantiene insistentemente como un estímulo llamativo, el recogimiento pulsional tiene, como ya indicamos, un carácter hostil. En consecuencia, nos hallamos ante otra decisión, en la medida en que el yo real primitivo dispone de este recurso al recogimiento defensivo desde la percepción mundana hasta el mundo pulsional. Dicha decisión concierne hasta cierto punto a la motricidad, sobre todo la de la percepción ubicada en la periferia exterior, pero también a la dirección que toma la inversión en el desplazamiento de un lugar a otro, en este caso desde la periferia exterior a la periferia interior del propio cuerpo, como condición para conciliar el sueño y dormir. Por otra parte, destaquemos que no estamos dando por supuesto que el infante invierte un mundo extracorporal cuando dirige hacia afuera su atención. Es posible que sólo invista la sensación en la periferia exterior, sin por ello llegar a la conclusión de que ésta es generada por una incitación extracorporal. Se trata, sí, de la captación de un no yo, pero en la medida en que el yo coincide con el mundo pulsional, y no incluye a las sensaciones registradas en la periferia exterior, donde resulta fácil que una incitación se vuelva indiferente. Es notable este modo de distribuir un yo y un no yo en el propio cuerpo, en términos de incitaciones en una u otra periferia, pero así se vuelve comprensible la lógica de los desplazamientos psíquicos en el pensar inconsciente inicial y las correspondientes tomas de decisión.

Otro tipo de motricidad puede imbricarse también con la tentativa de procesar la ten-



sión aportada por la pulsión de dormir. La motricidad en cuestión es la de los procedimientos autocalmantes, que pueden incluir la succión y otros movimientos cuya función no es obtener placer sino lograr un equilibrio en la economía pulsional como para poder conciliar el sueño. Ello deriva de que en ocasiones puede darse una pugna entre la pulsión de dormir y una violencia interna impotente por haber recibido una incitación que viola las limitaciones de la propia economía pulsional, en cuyo caso es necesario bajar el tono a la propia furia. A la inversa, en ocasiones, la falta de una incitación suficiente, que deja a la economía pulsional en una condición hemorrágica, también impide dormir, y en tal caso el procedimiento autocalmante aumenta la tensión interna lo suficiente como para que el dormir no implique un abandonarse a la muerte, a la inercia.

El yo real primitivo, que posee su propio mundo pulsional, los desempeños motrices y el pensar que ya describimos, constituye también el punto de deslinde entre los procesos neurobiológicos y la vida psíquica, la subjetividad, la cual implica el desarrollo de la conciencia originaria, como lo expondremos en un apartado posterior, que complementa las descripciones realizadas hasta este punto.

Erogenidad oral primaria: procesos de pensamiento y desempeños motrices

A diferencia del erotismo intrasomático, el goce oral primario se da en el seno de una primera cavidad, la boca (Spitz, 1955), por una proyección de la tensión de necesidad a la periferia erógena excitable por incitaciones mundanas. Esta proyección sigue el inverso del camino del alimento por el tracto digestivo. El primer sector de la mucosa erógena investido es la garganta, ensamblado con el placer por deglutir. El segundo sector es el paladar, ligado con la autoestimulación por la lengua, y el tercero los labios, conectado con el placer en el chupeteo. Las preferencias sonoras de un infante siguen universalmente esta misma orientación: gorjeos y otros sonidos guturales, laleo y finalmente balbuceo (cuando ya dice “papá” y “mamá”). Los goces que acabamos de distinguir, y que culminan con la voluptuosidad que describe Freud (1905d) como la de los labios besándose a sí mismos, se combinan con ciertos desempeños motrices que pretenden tramitar esta erogeneidad: la actividad de la lengua en la boca, la de la musculatura ligada al movimiento de la mandíbula inferior (para frotarse las encías, por ejemplo), la motilidad implicada en la succión, la de la percepción (por ejemplo, coordinación o divergencia entre ambos ojos), la de las manos y los dedos, la preferencia de sonidos diferenciales. Esta motricidad es no sólo una forma de procesar la exigencia pulsional oral primaria sino también de neutralizar la pulsión de muerte mediante una forma precaria de sadismo, que expondremos poco más adelante. Por ahora sólo digamos que este sadismo se coordina con el pasaje del mamar pasivo al mamar activo, que mencionó Freud (1931b).

En cuanto a los estados afectivos, uno de ellos, placentero, es el éxtasis cognitivo, mientras que la angustia se presenta como terror y pánico, la hostilidad, como envi-

dia, y el dolor, como sentimiento de futilidad. Aclaremos algo sobre estos afectos. Freud (1921c) describió el pánico como correlativo de un estado de fragmentación en un conjunto de elementos equiparables (como los soldados en el ejército) por falta de quien garantice la cohesión interna (muerte del general). El terror, su complemento, se presenta como parálisis hipnótica ante un ser poderoso que habrá de destruir al sujeto. Mientras que en el pánico falta un personaje poderoso que cohesione al conjunto yoico, en el terror este personaje aparece, con un carácter inverso, aniquilante. La envidia ha sido descrita por Freud (1916d) como un estado afectivo en el cual la hostilidad se expresa no por el camino de la motricidad sino por el de la percepción visual, de una manera muda. En cuanto al sentimiento de futilidad, Liberman (1970) lo describió como una percepción dolorosa de que los demás participan y disfrutan de los vínculos, mientras que el sujeto se halla separado del resto como por un vidrio, y por lo tanto en soledad.

Respecto de la percepción, se caracteriza en principio por ser monocanal, en el sentido de que la vista no se combina todavía con el tacto, el aferrar o el olfato. Pero además puede ocurrir que en principio un ojo no se coordine con el otro, o las sensaciones táctiles obtenidas con una mano no se articulen con las de la otra. Aún más, la realidad percibida se halla compuesta del mismo modo que el yo, por partículas equiparables, a la manera de los múltiples puntos de la pantalla de TV (que se hacen evidentes antes de que aparezca la imagen), o a la manera de la composición de un cuadro realizado por Signac, Seurat u otro pintor puntillista. Es que el mundo sensorial adquiere una formalización derivada de la proyección de la propia espacialidad psíquica (Maldavsky, 1990), la cual está compuesta del mismo modo. Así lo describe Freud (1915e) al aludir a un paciente esquizofrénico: este veía en la superficie de su cuerpo sólo poros, que son todos idénticos, y cuya diferencia es posicional. Precisamente, la pérdida del garante posicional genera un estado anímico de caos, correspondiente al pánico, como describimos poco antes.

A diferencia de lo que ocurre en el momento previo (en el cual el yo real primitivo se ve conminado a dar cabida anímica a la libido intrasomática, captando una realidad sensorial en forma de frecuencias, de períodos), con el desarrollo del lenguaje del erotismo oral primario, el mundo sensorial adquiere un carácter cualitativo, diferencial: en el plano visual, rojo, verde, azul, amarillo, en el plano gustativo, dulce, amargo, salobre, ácido, en el plano auditivo, un sonido agudo y uno más grave, tienen ya un valor propio. Freud (1915c) sostenía que para el yo real primitivo el mundo exterior (perceptual) es indiferente. Indiferente puede ser entendido de dos modos: no diferenciado, no investido. Consideramos que existe un requisito para que un mundo sensorial reciba la investidura pulsional por parte del yo: que primero sea diferenciado. Este proceso desde la diferenciación hasta la investidura yoica culmina con el hecho de que el mundo sensorial se ha vuelto significativo. Esta significatividad es una consecuencia de la migración de la investidura pulsional desde los órga-



nos internos (por proyección intracorporal) hacia la cavidad oral, con lo cual la erogeneidad puede abrirse camino en el yo hacia el nexo con un universo perceptual. También este camino, que va desde la erogeneidad a la sensorialidad, implica un proceso proyectivo, pero ya no intracorporal sino desde el cuerpo al mundo.

Bion (1962) ha afirmado, con razón, que la convergencia binocular se acompaña de una investidura de atención. La actividad motriz ligada a la percepción (como la convergencia binocular) cobra entonces todo su valor, pero tiene su requisito: el nexo con un doble, consistente, por ejemplo, en los ojos maternos mirando de frente los del niño, con lo cual éste se reencuentra a sí mismo en la madre, quien le devuelve literalmente la mirada. Podemos entender ahora algo más el valor de la envidia: los ojos pueden captar un mundo cualificado y significativo, o bien un mundo sólo cualificado, o bien un mundo que es sólo frecuencia. Cuando ocurre esto último, los ojos captan los estados orgánicos propios y ajenos, es decir, tienen un funcionamiento radiográfico, se introducen bajo la piel del otro, y lo que captan allí es su calavera, su descomposición corporal. Esta mirada es pues mortífera. También los ojos pueden captar un mundo cualificado pero no significativo, del mismo modo que esas supuestas huellas dejadas en la realidad por seres extraterrestres, y que resultan indescifrables, o del mismo modo que las letras que componen el Tetragrama místico judío, que no pueden ser leídas, no tanto porque su lectura esté prohibida sino porque resulta imposible su develamiento. Y como en hebreo las letras valen también como números, lo que no se logra como composición de una palabra se alcanza como suma aritmética que rinde una cifra, solución ésta aportada por el misticismo cabalístico (Maldavsky, 1993). Finalmente, los ojos pueden captar un mundo sensorial diferenciado y significativo (invertido), con lo cual están dadas las condiciones para la inscripción psíquica de un universo simbólico, disponible como lenguaje para el yo. Pero la envidia puede conducir o bien a la captación de un mundo de frecuencias, carente de cualificación, o bien a la captación de un mundo cualificado pero no significativo, como cuando se pierde o no se alcanza la convergencia binocular y la realidad adquiere un carácter plano.

Con ello aludimos a una desinvertidura o no investidura del mundo, el cual sufre en consecuencia los efectos de una alucinación negativa, de un rechazo activo que se expresa en el plano de la motricidad perceptiva, al menos en el ojo desviado del centro de la atención. En tal caso triunfa una defensa, la desestimación de la realidad, que puede o no tener un carácter funcional. Este empleo de la motricidad sensorial en forma hostil es otro modo, precario, elemental, de ligar la pulsión de muerte a Eros. Otro modo, menos costoso, pero que tiene numerosos requisitos, consiste en el mamar activo, cuyo complemento es el logro de la investidura de atención. Este otro modo de neutralizar la pulsión de muerte es equivalente al que, en un momento lógicamente anterior, desarrolló el yo real primitivo, gracias a la actividad respiratoria, que puede implicar despojar de oxígeno a pulmones ajenos.

Ya destacamos el valor de la investidura de atención como condición para la introyección simbólica. Cuando se da este paso, la situación psíquica se vuelve más compleja: a partir de entonces la proyección adquiere otro valor. En efecto, ya no sólo dirige la investidura hacia el mundo para volverlo significativo sino que además culmina en el desarrollo de alucinaciones positivas como forma de hacer consciente lo inconsciente. Entonces el mundo de la percepción queda compuesto por elementos de diverso origen: los aportados por los influjos mundanos actuales, los aportados por la captación del propio cuerpo, los aportados por vía alucinatoria. Al respecto, consideramos interesante estudiar el valor de los aportes del segundo tipo al mundo perceptual, en especial las palmas de las manos y el movimiento de los dedos. Este tipo de percepción forma parte de otro modo de conexión con los procesos endopsíquicos, que es ora el complemento, ora la alternativa para la alucinación. En efecto, a veces el mover los dedos aporta a la mirada una percepción diferencial, como cuando alguien oprime las teclas de un piano y obtiene una melodía; en otras ocasiones, en cambio, la mano, y sobre todo la palma, hace de pantalla de proyección para una alucinación. En ambas ocasiones las manos y los dedos constituyen recursos para hacer conscientes los procesos endopsíquicos. La coexistencia entre percepciones y alucinaciones en la conciencia crea un mundo complejo, en el cual estas últimas cobran creciente hegemonía, derivada del incremento de la ligadura, del refinamiento psíquico, del poder del deseo y de la necesidad de tramitar la vida pulsional. Ello conduce a que en el yo se desarrolle el problema de cómo reinstalar la percepción en su vigencia como orientadora en el mundo, con lo cual, como lo afirma Freud (1920g), la percepción debe conquistar su espacio en lugar de la huellas mnémicas.

Para la lógica anímica inherente al erotismo oral primario la percepción ha generado al objeto, tal como corresponde al sentimiento oceánico (Freud, 1930a). Es que una cosa es investir los canales sensoriales y las percepciones allí captadas y otra cosa es inferir que tales sensaciones se correlacionan con hechos mundanos. Sólo luego, cuando se ensamblan entre sí varios canales sensoriales, la percepción pasa únicamente a captar un objeto mundano, que es causa de la impresión sensorial. El órgano sensorial ha dejado de ser causa del mundo, y solo lo capta. En este marco lógico previo, en que el mundo sensorial es generado por el órgano de la percepción, cobra valor la descripción de Winnicott (1971) respecto del momento ilusional: la madre sólo es captada si aparece allí donde el niño la espera. Del mismo modo, Piaget (1959) describió que el niño sólo imita los sonidos que escucha del adulto en la medida en que éste imite los sonidos del niño mismo. Por lo tanto, éste se reencuentra a sí mismo en los sonidos oídos, como se reencuentra en los ojos maternos.

Cuando al conjunto se le agrega la actividad alucinatoria, el órgano sensorial conserva este valor de generador de una realidad, que en el fondo es producida por el espíritu. Para aclarar este punto es conveniente tomar en cuenta que la alucinación no sólo permite el reencuentro con la huella mnémica, y en este sentido es una forma de



recordar. Es que junto con la memoria adquiere vigencia otra actividad anímica, el pensar. Pues bien, el pensar inconsciente tiene un importante peso en la producción alucinatoria, de modo que en el fondo el sentimiento oceánico constituye la matriz de una cosmovisión idealista, que presupone que la realidad material es un efecto de la actividad intelectual, espiritual, y que los órganos de los sentidos son los instrumentos empleados para generar el supuesto mundo objetivo.

En los hechos, puede darse una coexistencia de alucinación y percepción, la primera como forma de hacer conscientes procesos endopsíquicos, hasta que la tensión de necesidad conduce a la investidura desiderativa de recuerdos y pensamientos inconscientes, con lo cual la alucinación queda sobreinvertida en detrimento de la percepción, aunque continúe funcionando sobre todo como una forma de hacer consciente lo inconsciente. Pero si la insatisfacción persiste empiezan a predominar ciertas defensas, como la desestimación de la realidad, expresada como alucinación negativa de la percepción. A su vez, puede darse una creciente sustitución de esta alucinación negativa por otra, positiva, al servicio de la defensa. La alucinación tiene un carácter placentero, y puede ir acompañada de las motricidades antes descritas: la descoordinación perceptual, la actividad de la lengua, la actividad de succión y deglución (en vacío), la autoestimulación de las encías, la fonación. En la medida en que la insatisfacción pulsional persiste, la alucinación va adquiriendo un carácter más displacentero, colérico y envidioso, hasta que el terror y el pánico se vuelven hegemónicos. Entonces la alucinación cambia de signo, se transforma en el correlato figurativo de una angustia vuelta cada vez más insoportable. Finalmente, en un estado de extenuación sedienta, la alucinación claudica en su función defensiva y el mundo perceptual se presenta como un conjunto puntiforme descualificado (como la lluvia en la pantalla de TV), proyección de la sensación de lengua arenosa, como aquella que atormenta la economía pulsional con una sensación de abrasamiento inextinguible. Así, pues, sólo es posible abandonar el mundo alucinatorio defensivo de dos maneras: sea por la satisfacción pulsional, cuando la madre aparece allí donde el niño la espera y este supone que él la ha engendrado, sea por el arruinamiento del mundo simbólico y la claudicación de la defensa, que conduce a la vivencia de estar inmerso en un mundo carente de significatividad. Con esta afirmación queremos decir que la lógica anímica no está en condiciones de sustraerse de la actividad alucinatoria y de hallar otros modos de hacer consciente lo inconsciente, procesos estos deparados a complejizaciones psíquicas ulteriores, propias del yo placer purificado.

Una consecuencia del supuesto de que el mundo es una expresión de la mente gracias al empleo de los órganos sensoriales consiste en que el tiempo es concebido desde la perspectiva de la eternidad, y el espacio desde la óptica de la geometría euclidiana, como si los cuerpos concretos fueran sólo la realización de figuras abstractas. Esta concepción del mundo perceptual como despliegue de una actividad mental se evidencia también en el modo de concebir el todo y las partes. Un todo puede ser abs-

tracto, en cuyo caso se fragmenta en partes ligadas entre sí por “o”, en términos disyuntivos. También un todo puede ser concreto, en cuyo caso se fragmenta en partes conectadas entre sí por “y”, en términos de conjunción. Según la primera concepción del todo, “árbol” se fragmenta en “robles”, “abedules”, “eucaliptus”, etc. Según la segunda concepción, “árbol” se fragmenta en “tronco”, “ramas”, “raíces”, etc. La segunda concepción del todo y las partes se advierte en el lenguaje del erotismo fálico genital, y de allí surge la representación del cuerpo fragmentado en la histeria. La primera, en cambio, es propia del lenguaje del erotismo oral primario, y de allí surge la ya mencionada visión del cuerpo como un conjunto de poros, idénticos entre sí, en la esquizofrenia. En este marco cobran importancia los aparatos como mediadores entre la mente y el mundo, prácticamente equiparables a los órganos sensoriales que generan el universo a partir del espíritu.

Así, pues, en este caso la simultaneidad propia del proceso de pensamiento abarca en principio la sensorialidad intracanal; por ejemplo, los dos ojos concentrados en el mismo objeto. También la simultaneidad consiste en el pasaje inmediato del deseo (o el pensamiento) a la percepción, a menudo alucinatoria. Y por fin la simultaneidad implica que la percepción (alucinatoria) del presunto objeto es condición suficiente para decidir la actividad de descarga motriz, sobre todo la succión y la deglución.

Erogeneidad sádico oral secundaria: procesos de pensamientos y desempeños motrices

La cuestión de la decisión y el juicio ha sido encarada por Freud (1925h) muy específicamente al aludir al erotismo sádico oral secundario. En efecto, cuando Freud se refiere al juicio de atribución lo relaciona con el lenguaje del erotismo oral, para el cual la decisión se da entre incorporar (y eventualmente introyectar) y escupir, eliminar del interior.

Claro está, hasta este punto sólo consideramos situaciones simples, como la devoración, pero se advierte que estas acciones requieren de otras, preparatorias, que las vuelven posibles, en la realidad material y en los procesos anímicos. Para aclarar este punto vale la pena estudiar algo más la tramitación del erotismo sádico oral secundario vía devoración. Para el yo el surgimiento de esta moción pulsional y su procesamiento exige al menos encarar dos conflictos. Por un lado, al yo le resulta difícil separar el sadismo del masoquismo, ya que la desaparición del objeto se logra vía incorporación. En consecuencia, el enemigo queda instalado dentro. Por otro lado, esta incorporación se vuelve dificultada porque el objeto recibe también una investidura libidinal narcisista, y su desaparición deja al yo en riesgo de caer en la desesperación. El primer conflicto deriva de la tendencia de Eros (sexualidad y autoconservación) a neutralizar la pulsión de muerte por la mediación de la destructividad sádica. El segundo, a su vez, se da en el seno mismo de Eros, entre sexualidad (libido narcisista) y autoconservación, sobre todo el hambre. Advertimos pues que los requisitos



para pasar de la exigencia pulsional propia del erotismo sádico oral secundario a la devoración son múltiples, y todos ellos inciden sobre el juicio de atribución. Es posible que la tramitación de los conflictos antes mencionados requiera de una vía, la expresión de las emociones (Freud, 1895d), que constituye, a su vez, un tipo de desempeño motriz específico. En dicha expresión participa una motricidad preparada a tal efecto de un modo universal (Freud, 1895d), y que rinde como efecto ciertas manifestaciones captadas por la vista, el oído, el tacto, el gusto y el olfato.

La expresión de las emociones requiere de una formalización de la materia sensible (vía investidura de atención) intersubjetiva en la cual tienen privilegio los registros proximales (tacto, gusto, olfato). De este modo se procesan también las percepciones distales (vista, oído), ya que se capta en el otro una expresión cálida o fría, como si se lo tocara. En consecuencia, la percepción es indiscernible de la modificación somática por el contacto con el objeto. Esta formalización de la materia sensible deriva de la tentativa de responder a un interrogante sobre el estado afectivo ajeno, en el cual el yo se rencuentra con el propio. Así, pues, el otro pasa a ser un doble del yo, no tanto dos ojos mirando los ojos del niño, como en el lenguaje del erotismo oral primario, cuanto una sombra (Freud, 1919h). Así ocurre cuando decimos “una sombra de tristeza iluminó sus ojos”. El encuentro consigo mismo (con los propios estados afectivos) en la percepción del objeto permite realizar identificaciones e introyecciones, proceso en el cual participa también la eficacia de la palabra oída, aunque sea imposible aún repetirla de un modo activo. Tal palabra, dicha con una entonación que expresa una afectividad, designa al sujeto (nene, mi bebé, mi amorcito) o a una parte de éste (dónde está la boquita del bebé, de quién son esos ojitos del nene). A su vez, lo nombrado, e instituido de este modo en su dimensión simbólica, es de quien lo designa. Cuando prevalece la expresión de las emociones, cuerpo y palabra forman una unidad que es anterior a su diversidad.

Por ambos caminos (introyección e identificación en relación con expresiones de estados afectivos, introyección e identificación respecto de nombres que representan al cuerpo propio) la erogeneidad sádico oral secundaria puede trasmudarse en lenguaje, y en consecuencia es posible que el destino de la libido narcisista se vaya separando del inherente a la pulsión de autoconservación. También es posible que la devoración, que pretende tramitar el hambre, no vaya acompañada de la angustia por la aniquilación del objeto de amor narcisista. En efecto, con respecto a este objeto se han desarrollado los ya mencionados procesos introyectivos e identificatorios que permiten incluir en el yo el objeto de amor y mantener con él el enlace libidinal pese a que desaparezca de la percepción. Dichos procesos introyectivos e identificatorios son a su vez modos del pensar (Freud, 1900a, 1950a, “Proyecto de psicología”), que corresponden también a este lenguaje de pulsión. Para alcanzar la solución ya descrita es un requisito, pues, el desarrollo de una motricidad que expresa los estados afectivos y que constituye un llamado a la respuesta del interlocutor. Esta motri-

cidad, junto con el pensar introyectivo e identificatorio y la correspondiente formalización del mundo sensible, es el recurso que vuelve posible la decisión de devorar como una forma de tramitar el hambre.

Hasta este punto he intentado poner en evidencia un tipo específico de desempeño motriz (que concilia devoración y expresión de las emociones) y una actividad de pensamiento (introyecciones, identificaciones, juicio de atribución) como tentativa de tramitar un conflicto entre dos fragmentos de Eros (libido narcisista y autoconservación), conflicto que es inherente al desarrollo de la voluptuosidad sádico oral secundaria. Advertimos que el proceso involucra también una formalización determinada del mundo sensible. Nos queda por considerar el otro conflicto propio de la economía pulsional, más radical que el estudiado hasta aquí: no ya el que se da en el seno de Eros, sino entre las pulsiones de vida recién investigadas y la pulsión de muerte.

La pugna de Eros por ligar la pulsión de muerte mediante los desempeños motrices resulta más exitosa cuando el sadismo se distingue del masoquismo. Cuando tal diferencia entre sadismo y masoquismo no está aún disponible, los procesos económicos y simbólicos tienen otro carácter, más difícil de estudiar. Entre ellos, el del sadismo oral secundario es el más accesible a nuestras conjeturas, tal vez por el evidente nexo del yo con el objeto, menos fácil de observar y de investigar en comparación con lo que ocurre cuando estudiamos tiempos anímicos previos, en los que prevalece una lógica centrada casi exclusivamente en la actividad autoerótica, con sus correspondientes (y más enigmáticos) desempeños motrices.

El devorar como modo de hacer desaparecer un objeto es, en efecto, una solución económicamente más costosa que la desarrollada luego, cuando prevalece el erotismo sádico anal primario, como la del juego del carretel (1920g). En efecto, en este último caso el niño puede hacer desaparecer el objeto sin por ello incorporar algo que se vuelve amenazante desde dentro. En relación con el problema que se presenta cuando prevalece el erotismo sádico oral secundario (canibalista), una parte del problema puede resolverse por la mediación de los procesos introyectivos e identificatorios ya aludidos. En el plano económico, otra parte del problema de ligar la pulsión de muerte mediante la agresividad se resuelve a través de la actividad de morder y de los procesos metabólicos con una función descompositiva y de absorción química de lo incorporado. Pero queda un resto que no puede tramitarse por este camino, y que recurre entonces a los otros desempeños motrices ya estudiados, que hacen de requisito y complemento de la devoración, a saber, los inherentes a la expresión de las emociones.

Es que este tipo de actividad muscular no aspira sólo a que el interlocutor responda expresando a su vez un sentir empático, sino que procura apoderarse de la motricidad aloplástica ajena. En efecto, mediante la expresión del sentir se pretende inducir



al otro a que despliegue ciertas respuestas, y el fracaso en esta tentativa puede conducir a estallidos de furia impotente que culminan en un espasmo de sollozo o sus equivalentes. Esta otra forma de la ligadura de la pulsión de muerte supone inducir un desempeño motriz en otro por la mediación del sentir, es decir, supone una manipulación afectiva. Este recurso tiene como sustrato los procesos identificatorios antes descritos, claro que aplicados ahora con el criterio de que la motilidad del otro pertenece al sujeto que expresa su sentir.

A poco de avanzar advertimos que la simultaneidad inherente a esta erogeneidad sádico oral secundaria tiene un valor múltiple: aparece por un lado como criterio para reunir percepciones aportadas por diferentes canales sensoriales en la configuración de huellas mnémicas, por otro lado como ordenador en la toma de decisiones y, por fin, como organizador de los nexos causales. Pero antes de seguir adelante consideramos conveniente intentar esclarecer al menos dos aspectos: cuál es la especificidad de la simultaneidad como criterio para reunir percepciones dispersas, y cuáles son las percepciones así reunidas. Comencemos por este último punto. Tales percepciones, como ya lo expusimos, corresponden a diferentes canales sensoriales, pero todas ellas tienen algo en común: no informan sólo acerca del objeto sino también acerca del yo. Así ocurre con el tacto, el gusto, el olfato (ya que a menudo cabe la pregunta sobre si el perfume olido es objetivo o emana del propio cuerpo, incluso del interior del sistema olfatorio, como cuando hay caries en la boca, o una infección pulmonar).

Freud (1923b) distinguió tres tipos de percepción del propio cuerpo: externa (como cuando uno se mira una mano), interna (como cuando duele un órgano) y mixta (como cuando uno se toca). Pues bien, las percepciones a las que aludo son de carácter mixto, y ellas componen el mundo representacional que se desarrolla en el yo (placer purificado) como lenguaje del erotismo sádico oral secundario. En dichas representaciones confluyen diversos canales sensoriales. Así, pues, la erogeneidad sádico oral secundaria se acompaña de una lógica, que liga por simultaneidad incitaciones sensoriales pertenecientes a diferentes canales sensoriales, a los que formaliza en términos de los registros proximales, cuyo modelo es la doble impresión táctil. Ya destacamos que, para este criterio, sensación y alteración somática por incorporación coinciden, y del mismo se reúnen percepción-conciencia y procesos introyectivos e identificatorios.

Pero aún nos falta precisar más específicamente en qué consiste esta simultaneidad como criterio subjetivo para reunir diferentes percepciones. Se trata de una simultaneidad construida a partir de la coincidencia constante de determinadas percepciones. Cabe preguntarse por lo determinante para delimitar un período en el cual se reúnen, por coincidencia temporal, ciertas percepciones. Consideramos que en el caso del erotismo sádico oral secundario cobra relieve un ciclo que va del anhelo a la consu-

mación, con transformaciones afectivas definidas. Precisamente, este ciclo afectivo constituye la cualidad ordenadora del conjunto.

Freud (1926d) postula que en este momento la investidura de objeto está caracterizada por el anhelo, la añoranza, la nostalgia. Es decir, se trata de un deseo acompañado por el dolor. Por lo tanto, este afecto no hace de inhibidor del deseo sino que, a la inversa, lo potencia. La ausencia del objeto añorado es equiparada a su desaparición definitiva, en cuyo caso el anhelo se trueca en desesperación. En cambio, la aparición de este objeto trasmuda la añoranza en felicidad. Así, pues, el ciclo antes mencionado, que reúne percepciones en torno de los estados afectivos, puede ir del anhelo a la felicidad o a la desesperación (en la cual se reúnen y realimentan angustia y dolor), y en esto consiste el criterio para definir la simultaneidad como parámetro ordenador del mundo sensorial que tiene como destino trasmudarse en huella mnémica. Se advierte que, a diferencia de la lógica del erotismo oral primario, en el sádico oral secundario la alucinación ya no constituye un recurso fácilmente disponible.

Como lo destacó Lacan (1954), la inscripción mnémica coincide con las introyecciones simbólicas y con las identificaciones. Además, estas inscripciones quedan enlazadas en términos causales: aquello que se ha vuelto huella mnémica tiene el valor de causa del estado afectivo de ese momento, de modo que la simultaneidad entre percepciones y estados afectivos se acompaña del supuesto de que lo percibido determina los cambios emocionales coexistentes.

También la simultaneidad tiene injerencia en el enlace entre anhelo y percepción del objeto. Este debe aparecer apenas sobreviene el estado de añoranza, que rápidamente puede trocarse en impaciencia, trasmudarse en desesperación y culminar como espasmo de sollozo o su equivalente. Cuando el yo es asaltado por la impaciencia, y sobre todo por la desesperación, la pulsión de muerte va tomando el dominio sobre el universo simbólico, en el cual puede generar desligazones. En consecuencia, ciertas huellas mnémicas (e identificaciones) quedan desarticuladas, y la erogeneidad sádico oral secundaria deja de expresarse como lenguaje y más bien se manifiesta como alteración somática.

Contrastes, visión de conjunto, comentarios adicionales

Puede apreciarse el alcance de la exposición precedente si se la contrasta con el estudio de los procesos de pensamiento, los desempeños motrices, la formalización de las percepciones y los criterios lógicos dominantes cuando prevalece la erogeneidad sádico anal primaria. El erotismo sádico-anal primario, que aspira a la destrucción y la pérdida, exige otro tipo de motricidad, como la del niño del juego del carretel (Freud, 1920g), que arroja el objeto fuera de su mirada. Se trata pues de una motricidad aloplástica, vengativa y destructiva, que exige otros tipos de juicios, como por ejemplo los concernientes a: 1) los modos de acercamiento al objeto por atacar; 2) el



tipo de ataque; 3) la factibilidad del acto; 4) la valoración de los efectos de la práctica motriz hostil. En este caso la motricidad en juego, según ya lo indicamos, atañe a las extremidades, y resulta más accesible la separación entre sadismo y masoquismo. Como en el caso del juego del carretel, ante la ausencia (o el riesgo de alejamiento) del objeto no surge la desesperación sino un desempeño hostil (vengativo) aloplástico, que otro padece. Del mismo modo que la motricidad expresiva de las emociones, ya estudiada, la motricidad sádica de las extremidades requiere de su ligadura con un doble. Pero éste ya no es una sombra sino una imagen especular, como lo describió Lacan (1936). En ella el yo encuentra, anticipatoriamente, su propia coordinación motriz aloplástica.

El dominio sobre la propia musculatura, necesario para realizar las prácticas sádicas ya descritas, se acompaña de una formalización diferente del mundo de las percepciones. En efecto, así como los desempeños motrices aloplásticos consisten en movimientos diferenciados y con un orden preciso, igualmente la realidad visual en la cual el yo halla el modelo por repetir queda descompuesta en términos discretos. La discretización del mundo sensorial conduce, entre otros resultados, a prestar atención a los rasgos de los objetos, que son diferenciales, de donde deriva el discernimiento de lo extraño en un mundo en el cual previamente existía sólo lo familiar o su ausencia. Sin embargo, el proceso de diferenciación se detiene en un punto. En efecto, si bien el yo accede a la diferenciación entre familiar y extraño, no llega a distinguir entre lo familiar y el yo. La captación de la diferencia entre los rasgos maternos (y paternos o fraternos) y los propios no conduce a dar un nuevo paso, en el sentido de un avance en el discernimiento sobre la irreductibilidad entre el yo y el otro. En este punto prevalece la identificación vía desempeños motrices. La lógica en juego sigue siendo la de la simultaneidad, pero cambia el criterio para enlazar los elementos perceptivos así reunidos. La simultaneidad es ordenada ahora a partir del parámetro de los desempeños aloplásticos vengativos, en la tentativa de rescatarse de las heridas narcisistas por el camino de la acción en el mundo. El valor que en esta lógica adquiere el desplazamiento motriz por el espacio, inclusive en la búsqueda del objeto sobre el cual ejercer la venganza, permite reunir simultaneidad y actividad en un criterio común, la contigüidad, al que Freud (1912-13) también prestó atención. La lógica extraída de la erogeneidad sádico anal primaria es pues la contigüidad. El enlace causal sigue estos mismos criterios: lo relacionado en términos de “porque” es una configuración perceptual, un estado afectivo y una motricidad aloplástica captada en el objeto y luego, en revancha, repetida por el yo de un modo activo. El estudio de estos aspectos puede realizarse, por supuesto, de un modo más detallado, pero mi intención ahora es solo efectuar un contraste entre diferentes lógicas de lo inconsciente según el tipo de erogeneidad dominante.

En suma, tras prestar atención al desplazamiento como proceso endopsíquico, me referiré al tipo de energía anímica en juego: sexualidad, autoconservación, pulsión de

muerte. La sexualidad impone la acción específica, mientras que la autoconservación ordena una secuencia, programas motrices acordes a fines. A su vez, la imbricación entre sexualidad y autoconservación en los desempeños motrices permite ligar la pulsión de muerte. Igualmente, me referí a la toma de decisión que permite el pasaje de la actividad del pensar a la acción. Asimismo, sostuve que el criterio para el desplazamiento entre elementos psíquicos constituye una lógica, inherente al pensar inconsciente, la cual también influye sobre los desempeños motrices, sobre la formalización del mundo sensorial, sobre la producción de las huellas mnémicas y sobre los criterios para tomar decisiones. En consecuencia sostuve que lo anímico conquista de la erogeneidad una lógica, y que si ésta no se desarrolla en el yo, se despliega en el exterior (en un sujeto ajeno) y a su costa. Luego consideré cómo se presentan estas hipótesis generales en relación con las erogeneidades intrasomática, oral primaria y sádico oral secundaria, y, como contraste, me referí brevemente a los procesos anímicos inherentes a la erogeneidad sádico anal primaria.

Freud (1900a) parece suponer que en cada aparato psíquico coexisten varias corrientes de pensamiento, tributarias de la misma o de diferentes fuentes erógenas. Entre ellas pueden darse diversos conflictos, alianzas y ensambladuras, que implican relaciones de complementariedad, prevalencia y subordinación relativas, y recursos defensivos de todo tipo, normales y patológicos. Respecto de este último aspecto (las defensas), cabe destacar que también suelen integrar los procesos de pensamiento y de sentimiento, y se atienen por lo tanto a los criterios antes descritos, es decir, su valor como testimonios de una erogeneidad y sus destinos.

Existen dos aspectos que aún deseo mencionar en este apartado, los cuales además están articulados. Uno de ellos consiste en la cuestión de la eficacia del mundo intersubjetivo en la determinación del predominio de cierto tipo de desempeño motriz, de formalización de las percepciones, de mundo representacional, de lógica e inclusive de erogeneidad. Pueden darse, en efecto, situaciones en que una voluptuosidad extraña pasa a alojarse en el ello y genera alteraciones en una economía pulsional preexistente. Es habitual que tal desenlace sea precedido de intrusiones voluptuosas reiteradas y sin freno, aportadas desde el mundo, y que las motricidades, las lógicas, las percepciones y la motricidad tengan un carácter literalmente forzado, carente de espontaneidad. Más a menudo suelen darse conflictos entre, por un lado, las disposiciones al desarrollo de una motricidad, una lógica, una percepción y un mundo representacional, y por otro lado lo que el ambiente propone y enfatiza. Entre las múltiples soluciones transaccionales posibles deseo destacar (y ésta es la segunda cuestión que deseo considerar) el valor de la creatividad anímica, como lo propondría Winnicott (1971), que conduce a que cada yo realice transformaciones de la materia sensible, de la motricidad y del sistema representacional, en las cuales cobra resalto la actividad defensiva. Tales defensas tienen un carácter funcional, y las transformaciones ya aludidas pueden ser analizadas en térmi-



nos de trabajo retórico, que son específicos para cada erogeneidad en particular.

Cabe destacar que aclarar algo más algunos de los interrogantes que acabamos de explicitar no hace sino resaltar otra cuestión, cuyo análisis soslayamos en esta oportunidad: cómo es que, junto a las lógicas y las memorias inherentes a lo inconsciente, se constituyen las otras, propias del proceso secundario (caracterizadas por criterios más sofisticados de restricción en los enlaces entre los términos en juego), que tampoco conforman un sistema unitario y armónico, sino un conjunto pleno de matices, diversidades y conflictos.

Conciencia originaria

El tema de la conciencia me interesa desde hace más de 15 años, cuando le dediqué mi atención por primera vez (Maldavsky, 1986), y luego volví sobre él en reiteradas ocasiones (Maldavsky, 1986, 1992, 1995a, 1995b, 1997, 1998a, 1999a, 2001). Mientras tanto, el tema de la conciencia en general ha despertado también el interés de otros psicoanalistas, quizás atraídos por el hecho de que para el cognitivismo y las neurociencias pasó a ser objeto de diferentes estudios (Churchland, P. M., 1984; Dennett, D. C., 1969, 1991; Edelman, G. M., 1992; Gazzaniga, M. S., 1995; Hobson, P., 1993; Humphrey, N., 1992; Johnson, M. H., 1995; Moscovitch, M., 1995; Pavlov, I. C., 1949; Pribram, K. y Gill, M., 1976; Shorojova, E. V., 1963; Trevarthen, C., 1982, 1989; Trevarthen, C. y Hubley, P., 1978). Inclusive la revista *Neuro-psychoanalysis* ha dedicado al tema un interesante número en el cual examinan la cuestión de la conciencia neurólogos y psicoanalistas, que luego comentaré. Deseo repasar primero las conclusiones de mis escritos previos sobre el tema, que incluyen la perspectiva freudiana combinada con algunos desarrollos en cognitivismo y neurociencias.

A partir de Freud podemos distinguir entre una conciencia originaria y otra secundaria. Esta última es una forma de dotar de cualidad a los procesos endopsíquicos de pensamiento y de memoria (las huellas mnémicas, a su vez, son derivados de percepciones). La conciencia es entonces un lugar de llegada a la superficie psíquica de representaciones y pensamientos al enlazarse con componentes cualitativos (motrices, visuales, verbales). La conciencia originaria, en cambio, constituye la forma inicial del desarrollo de la subjetividad, de la cualificación, en primer lugar gracias a la percepción. Afecto y percepción son, pues, contenidos de esta conciencia originaria, son las cualidades que aún no hacen conscientes representaciones y pensamientos sino otras dos realidades, caracterizadas como cantidades: la pulsión, captada como afecto, y el mundo no pulsional, intra o extracorporal, captado como impresiones sensoriales. La realidad pulsional se expresa pues como matiz afectivo, la realidad no pulsional intracorporal se representa como cualidad sensorial de equilibrio, dolor, asfixia, y como registros quinésicos-cenestésicos, y la realidad extracorporal aparece sobre todo como registros visuales, auditivos, olfatorios, táctiles, gustativos. Para Freud, además, la conciencia es el lado subjetivo de los procesos neuronales activa-

dos en el quehacer perceptual. En consecuencia, para Freud la conciencia es el fundamento de la subjetividad, por lo cual el estudio de este punto tiene un valor especialmente significativo.

Entre los contenidos de la conciencia inicial, los originarios son los afectos, su matiz, a los cuales se le agregan luego las percepciones intra y extracorporales. La cuestión de la conciencia se enlaza con la de la atención. Freud distingue, como otros muchos autores entre atención reflectoria o automática y atención psíquica. La primera es pasiva, está dirigida desde el estímulo; en cambio, la atención psíquica implica una investidura de la zona estimulada y luego del mundo externo, puesto como causa de la impresión sensorial, y en consecuencia vuelto significativo. La atención psíquica tiene como requisito que se hayan desarrollado los contenidos de conciencia de tipo sensorial. En cambio, la atención reflectoria parece ser una condición para el desarrollo y el fortalecimiento de la conciencia originaria. Esta atención reflectoria abre el camino para que los estados afectivos se enlacen con el mundo sensorial. Para que así ocurra los afectos no deben ser ni muy intensos ni nulos. En el terreno de los afectos de intensidad media es posible que la atención automática permita que las impresiones sensoriales se vuelvan contenidos de conciencia. Se advierte entonces el valor del afecto como fundamento para el desarrollo ulterior de un mundo sensorial significativo. A partir del desarrollo de este mundo cualitativo complejo (afectos e impresiones sensoriales) surgen las inscripciones psíquicas significativas, la memoria subjetivada. Freud afirmó además que en las cegueras histéricas el ojo no ve sólo para la conciencia, pero que en lo inconsciente es vidente, por lo cual puede despertar un estado afectivo. Esta hipótesis, como se verá luego, se combina con los estudios de algunos tipos de memoria caracterizados por la no subjetivación.

La teoría freudiana recién reseñada se halla en coincidencia con la de otros autores, quienes, desde diferentes perspectivas (neurológicas, cognitivistas), concuerdan en considerar a la conciencia originaria como punto de deslinde entre un funcionamiento puramente neurobiológico y uno que implica ya actividad psíquica o mental, según la terminología de cada corriente. Algunos autores coinciden también en enlazar la conciencia con el afecto. Entre ellos, Gazzaniga (1995) da especial importancia al afecto, y afirma, además, que el origen de la conciencia es instintivo, es decir, consecuencia de factores filogenéticos, hipótesis que Freud seguramente suscribiría. Otros autores (Trevarten, 1982, 1986, Trevarten y Hubley, 1978) sostienen que este contenido de conciencia permite el acceso a una intersubjetividad primaria. Incluso más: podemos afirmar que esta conciencia originaria no parece derivar sólo de una combinatoria entre procesos pulsionales, neuronales e instintivos, sino también del aporte de un ambiente favorecedor, empático.

Algunos investigadores hicieron además referencia a la conciencia intencional en contraste con la no intencional. La intencional parece involucrar una investidura de



atención. En cuanto a la conciencia no intencional, corresponde a un momento de preparación para la captación cualificada de impresiones sensoriales mundanas. En esta preparación, el mundo sensorial está ya diferenciado, pero aún no resulta investido.

En cuanto a la participación de la conciencia en la creación del mundo mnémico, tanto los desarrollos freudianos cuanto los cognitivistas conducen a conclusiones similares: la falta de conciencia no impide la creación de las huellas mnémicas sino que lleva a que éstas sean más eficaces, pero carentes de una marca subjetiva, un sentimiento de familiaridad, de “pasatidad”, que hace de fundamento para la decisión y la acción concretas. Así ocurre, por ejemplo, con las huellas mnémicas que quedan como sedimento de una situación traumática, que puede dejar una marca en lo inconsciente, pero que no retorna a la conciencia como recuerdo recuperable sino como alteración somática (afectos, alteraciones orgánicas), como tendencia a accidentarse, como apatía duradera.

En el marco de la teoría freudiana, la conciencia originaria se imbrica con las hipótesis sobre el yo real primitivo, una primera estructura psíquica que se constituye como mediadora entre el terreno neurobiológico y el estrictamente psíquico. Este yo distingue entre incitaciones endógenas, pulsionales, y exógenas, no pulsionales. De las primeras no puede huir, y por lo tanto es necesario procesarlas perentoriamente. De las segundas es posible sustraerse por distintos medios, y en consecuencia son indiferentes, y por ello captadas no como cualidades sino como frecuencias, como períodos. Las primeras son el núcleo de lo propio, y su forma de cualificación es el afecto, el cual, al enlazarse luego con el mundo sensorial, lo dota también de valor, de significatividad. En principio, el campo sensorial dotado de significatividad a partir del afecto es el cuerpo propio, sobre todo la cenestesia. Los estados afectivos son multiloculares, ya que derivan de las diferentes incitaciones pulsionales, y de la complejización derivada de la combinación entre estos deriva el sentimiento de sí. Un paso intermedio entre la captación de frecuencias y la cualificación sensorial está dado por una tensión por el encuentro entre frecuencias diferentes, aportadas por distintos canales sensoriales o por uno de ellos en particular. La diversidad de las frecuencias genera una tensión que prepara la ulterior prevalencia de la cualificación sensorial. En principio esta complejidad de las frecuencias parece conducir a una diferenciación entre las cualidades sensoriales, como preparación para su ulterior investidura.

Como Freud pensaba que el sistema nervioso pretende protegerse de la intrusión de cantidades exógenas, suponía que la captación de cualidades se trasmite gracias al hecho de que estas se presentan como períodos específicos, que circulan por un proceso de inducción, con un índice específico de reducción de los períodos (de lo mundano en el sistema neuronal) aún desconocido. Este era el punto al que habíamos llegado hace unos años en nuestra investigación.

Deseamos aludir ahora a algunos estudios más o menos contemporáneos y otros posteriores. Ya mencionamos que el tema de la conciencia ha interesado a filósofos de la mente, cognitivistas, médicos, neurocientistas, biólogos del cerebro y farmacólogos. Un libro de conjunto (Hameroff, Kaizniak y Scott, compils, 1996) reúne las presentaciones de una cincuentena de autores, en cuyos trabajos no figuran prácticamente referencias a la teoría psicoanalítica. Sin embargo, vale la pena destacar algunas referencias a la cuestión temporal, a la oscilación en el sustrato neuronal correlativo de la conciencia. Chalmers (1996), por ejemplo, cita a Crick y Koch (1990), quienes sugieren que la oscilación 40 Hz puede ser el correlato de la conciencia. Menciona también que Libet (1993) sugiere que la actividad neuronal temporalmente extendida es central en cuanto a la conciencia. Sin embargo, Gray Hardcastle (1996) previene sobre los riesgos de un entusiasmo excesivo en torno de esta hipótesis, ya que en neurociencias no se dispone aún de instrumentos para investigar el problema.

También resulta interesante el trabajo de Flanagan (1996), sobre todo en las referencias a los estudios de Llinás y Ribary (1996) y de Llinás y Paré (1996), sobre la conciencia onírica en el dormir: también en esta ocasión se presentan patrones de oscilación tipo 40 Hz, de manera similar a los de la vigilia. Llinás y Ribary afirman que la oscilación 40 Hz es una actividad no específica del sistema que comprende el tálamo y el córtex. El sistema neuronal que obedece a una modalidad sensorial provee el contenido de la experiencia y los sistemas no específicos que consisten en la actividad de resonancia en el tálamo y el córtex proveen el enlace temporal de estos contenidos en experiencias cognitivas singulares evocadas, sea por estímulos externos, sea internamente, en el dormir. Llinás y Paré afirman que el diálogo entre el tálamo y el córtex genera la subjetividad.

Más interesante y polémico es el número de la revista *Neuro-psychoanalysis*, ya mencionado, dedicado al tema de la conciencia. Comencemos por consignar las conclusiones de Crick y Koch (2000), autores del principal trabajo, que otros comentan. En las respuestas a los comentaristas Crick y Koch terminan afirmando: “estamos decepcionados de que, con la excepción de Libet y Schall, ninguno más hiciera una sugerencia sobre algún tipo de prueba experimental de naturaleza neurobiológica que permitiera avanzar en el tema. Si el psicoanálisis y la neurociencia han de interactuar efectivamente, debe haber más énfasis en experimentos posibles, especialmente los neurocientíficos, y menos tiempo dedicado a describir, ad nauseam, qué pensó la gente en el pasado. Una de nuestras propuestas es que, en el futuro, se elimine toda referencia a ‘Freud’ en esta revista, al menos por los próximos 10 años” (pág. 58).

Los autores tienen y no tienen razón en sus críticas. Por un lado, es cierto que a veces se dan citas abusivas de los textos de Freud y otros autores, y los escritos parecen más ensayos que trabajos científicos. Pero al mismo tiempo algunos de estos trabajos, al menos los míos, pretenden dar cierta coherencia a las hipótesis psicoanalí-



ticas, que frecuentemente evidencian una condición social tribal en la cual los cacicazgos científicos regionales dificultan establecer una teoría global sistemática, como ocurre en el caso de la conciencia, tema sobre el cual poco y nada se ha reflexionado, y menos avanzado con posterioridad a Freud. Por otro lado, si se desea aportar respecto de las investigaciones de todo tipo sobre la conciencia, no queda más remedio que sentar algunas categorías diferenciales, ya que ésta no es la misma a lo largo del desarrollo, en diferentes momentos del día o en las diversas estructuras clínicas. Respecto de los distintos tipos de conciencia, al menos podemos describir dos: la primaria, requisito para el desarrollo de la memoria subjetiva y cuyos contenidos son la percepción y el afecto, y la secundaria, que ya hace aflorar a la superficie psíquica los procesos endopsíquicos del pensar y el representar, sea vía motricidad, sea vía imagen visual, sea sobre todo gracias al preconsciente, a las palabras. La conciencia no cambia esencialmente en su función (cualificación) sino que cambian sus contenidos. Por otra parte, algunas condiciones clínicas ponen en evidencia una perturbación de la conciencia. Freud (1917d) afirmó que en la amnesia alucinatoria queda afectada la conciencia, razón por la cual las visiones reciben crédito y no son reconocidas como producciones endopsíquicas. En tal caso las perturbaciones se dan en la conciencia secundaria. En cambio, en otras condiciones clínicas, especialmente las adicciones, las afecciones psicósomáticas y las neurosis postraumáticas, queda alterada la conciencia originaria, sobre todo en su base, es decir, la cualificación interna, la de los estados afectivos, ya que no se desarrolla el matiz o tono de estos. Es interesante el hecho de que en muchos de estos casos se dan emergencias y desapariciones transitorias de la conciencia, a veces como consecuencia de la ingesta de sustancias tóxicas y a veces (como lo advertimos en las neurosis traumáticas) como consecuencia de intrusiones que calcinan cierto sector de la sensorialidad (la visual, digamos) pero no otra (la olfacción, pongamos por caso). Así que las investigaciones sobre la conciencia han de tener en cuenta que ésta es un fenómeno que se apoya en un proceso (perceptual y afectivo) y que tiene ciertas condiciones, ciertas perturbaciones, cierta estrechez o amplitud. Sólo luego de aclarados estos puntos, que a su vez requieren de mayor trabajo en torno de los textos de diferentes autores, estaremos en condiciones de realizar algún diseño de investigaciones, entre ellas las correspondientes a las neurociencias.

Otro aspecto de este difícil intercambio entre psicoanálisis y neurociencias merece un comentario en torno de la conciencia. Uno de los discutidores del texto de Crick y Koch, D. Livingston Smith (2000), recorre con bastante detenimiento las hipótesis freudianas sobre conciencia y destaca que para Freud las qualia (cualidades) implican que el sistema nervioso pone obstáculos al decurso de la cantidad (vía barreras de contacto) pero se deja afectar por el período, que se propaga libremente por un proceso de inducción. A continuación, el autor cita a otros investigadores que avanzaron en esta misma orientación, sobre todo Garver (1880), quien sugirió que las oscilaciones en el rango entre 36 y 60 H2 son responsables de la experiencia conscien-

te, según lo sostiene Gúzdere (1995). Sin embargo, según D. Livingston Smith, la hipótesis de Freud difiere de la de Garver (y la de Crick y Koch), ya que los rasgos temporales de la actividad neuronal encodifica información sensorial cualitativa. Otras investigaciones neurocientíficas parecen sugerir que la información sensorial está representada por un código de patrón temporal. Esta orientación es seguida por diferentes autores (Mountcastle, 1967; Perzell and Bullock, 1968; Hardcastle, 1994; Cariani, 1995, 1997; Cariani and Delgutte, 1996; Rieke, Warland, de Ruyter van Steveninck and Bialek, 1997). Uno de ellos (Hameroff, 1995) sugirió que las qualia pueden ser encodificadas no por los disparos de frecuencias neuronales, sino por fenómenos de un nivel de cantidad, en especial frecuencias específicas de campos condensados de excitación en el cerebro. Livingston Smith recuerda que Freud compara la transmisión neuronal de la cualidad con un proceso de inducción. Según Livingston Smith, con ello Freud alude a un proceso electromagnético u otro similar que permite propagar el código temporal a través de las barreras sinápticas, como luego lo sugirieron Pribram (1971) y Libet (1995). Según este modelo, las modalidades sensoriales se distinguen por rasgos temporales de información trasducidas por los receptores sensoriales. Las variaciones en cada modalidad corresponden a códigos precisos en un amplio patrón modal, hipótesis similar a la expuesta por investigadores contemporáneos (Emmers, 1981; Lestienne and Strehler, 1987; Abeles, Bergman, Margalit and Vaadia, 1993; Mountcastle, 1993; Lestienne, 1996).

Freud afirma también que los patrones temporales sincronizados se transforman en cualidades por el sistema v , al cual suponemos como poseedor de un mecanismo de sensibilidad a la frecuencia. Para evocar un recuerdo, es necesario además que los procesos inconscientes sean recodificados en el modo temporal, y adquieran así cualidad.

Respecto de este comentario de D. Livingston Smith, Koch y Crick responden que las descripciones de Freud resultan hoy imprecisas: "Por ejemplo, si existe realmente un código temporal... es importante conocer si es meramente el correlato del disparo de las neuronas o, si es efectivamente periódico, qué frecuencia posee. Las pocas afirmaciones de Smith sobre el presente cuerpo de evidencias neurocientíficas nos parece bastante inadecuado y algo acrítico" (pág. 51).

Los autores agregan que algunas teorías de Freud pueden sugerir útiles ideas, pero para ello deben ser formuladas en términos modernos, y algunas hipótesis deberían ser presentadas para un testeo experimental. Poco más adelante los autores retoman el planteo sobre el carácter periódico de la excitación neuronal. Afirman que el conjunto de neuronas puede disparar no sólo de una manera correlacionada sino también rítmicamente, como en las llamadas oscilaciones 40 Hz. En tal caso el disparo del conjunto de neuronas puede definir la fase, mientras que algunas neuronas producen un menor impacto por disparar fuera de la fase. Así parece ocurrir en el locus del sistema olfatorio (Laurent, 1997), de 20 Hz.



Un problema que se presenta para la investigación de la conciencia consiste en la dificultad para establecer correlaciones nítidas con las manifestaciones. Esto es válido tanto para la conciencia originaria cuanto para la secundaria. Como la conciencia está íntimamente enlazada con la subjetividad, podría pensarse que el camino para investigarla sería la introspección, pero esta alternativa es metodológica y epistemológicamente riesgosa. El problema se presenta notablemente en el terreno de la psicología forense, sobre todo cuando es necesario dilucidar si el imputado cometió el acto criminoso con conciencia o sin ella, ya que de este discernimiento depende la decisión judicial. En tal caso, se hace evidente que la conciencia sólo puede ser inferida por un cálculo de la estructura.

Poco antes mencionamos los diferentes campos específicos en que se presentan posibilidades de investigación, sobre todo en torno de la conciencia originaria. Entre ellos figuran las condiciones tóxicas y traumáticas, en el contexto clínico y, fuera de este campo, las oscilaciones de la conciencia en el curso del día (desde el dormir a la vigilia plena, incluyendo el soñar, la somnolencia vigil, los estados crepusculares y el sonambulismo), y los procesos psíquicos tempranos, con sus variaciones en cuanto a la conexión transitoria con el mundo y el retorno a la desconexión. También pueden resultar interesantes los estudios de los pacientes anestesiados o carentes de conciencia en contextos similares, ya que en tales condiciones es posible estudiar qué sector anímico (y posiblemente neuronal) permanece consciente y cuál no.

El intercambio futuro desde Freud

A lo largo de este trabajo he pretendido dar pasos que hagan más accesible la teoría psicoanalítica, sobre todo la de fundamento freudiano, al enlace con las investigaciones en neurociencias. He intentado refinar las hipótesis freudianas sobre la vida pulsional y su procesamiento psíquico en dos terrenos, el pensar y la conciencia, a los fines de dotar de mayor precisión a algunos conceptos y volverlos más aptos para el nexo con los intereses de las neurociencias. Respecto de la conciencia, además, he consignado algunos de los desarrollos recientes en neurociencias que pueden ser afines con los psicoanalíticos. Respecto del pensar, en cambio, sólo he pretendido presentar un conjunto de hipótesis diferenciales. La razón para limitarme a proponer sólo esta diferenciación en el terreno del pensar reside en el hecho de que en sí misma dicha diferenciación constituye una novedad, que requiere al mismo tiempo el intercambio crítico con quienes en psicoanálisis se han dedicado a investigar temas similares, y no sólo el vínculo con nuestros otros interlocutores, los neurocientistas. Así, pues, la piedra está echada a rodar.

Descriptor

Proceso de pensamiento / conciencia originaria / pulsión / erogeneidad / memoria / motricidad / percepción.



Thought processes / originary conscience / drive / erogeneity / memory / motricity / perception.

Bibliografía

Abeles, M., Bergman, H., Margalit, E. and Vaadia, E. (1993). "Spatiotemporal firing patterns in the frontal cortex of behaving monkeys". *J. Neurophysiol.*, 70 (4): 1629-1638.

Bion, W. R. (1962). *Volviendo a pensar*. Buenos Aires. Hormé, 1990.

(1963a). *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires. Paidós, 1966.

(1963b). *Elementos del psicoanálisis*. Buenos Aires. Hormé, 1966.

Brazelton, T. B. y Cramer, B. G. (1990). *La relación más temprana*. Barcelona. Paidós, 1993.

Bruner, J. (1990). *Acts of meaning*. Harvard University Press. Cambridge, MA.

Cariani, P. (1995). "As if time really mattered: Temporal strategies for neural coding of sensory information", *Origins: Brain and Self-Organization*. ed. K. Pribram. Hillsdale, NJ: Erlbaum, pp. 591-598.

(1997). "Temporal coding of sensory information", *Computational Neuroscience: Trends in research*, ed. J.M. Bower. New York: Plenum.

Cariani, P.; Delgutte, B. (1996). "Neuronal correlates of the pitch of complex tones. I Pitch and pitch salience", *J. Neurophysiol.* 76(3): 1698-1716.

Chalmers, D. (1996). "Facing Up to the problem of consciousness", en Hameroff, S., Kaszniak, Scott, A. edits. *Toward a Science of consciousness. The first Tucson discussions and debates*, The MIT Press. Cambridge, Massachusetts.

Churchland, P. M. (1984) *Materia y conciencia. Introducción contemporánea a la filosofía de la mente*. Gedisa. Barcelona, 1992.

Crick, F. y Koch, C. (1990) "Toward a neurobiological theory of consciousness", *Seminars in the Neurosciences*, 2:263-275. (2000) "The Unconscious homonculus". *Neuro-Psychoanalysis*, Vol. 2, 2000, N° 1.

Dennett, D. C. (1969). *Contenido y conciencia*. Gedisa. Barcelona, 1996.



(1991). *La conciencia explicada. Una teoría interdisciplinar*. Paidós, Buenos Aires, 1995.

Edelman, G. M. (1992). *Biologie de la conscience*. ADAGP. París, 1994.

Emmers, R. (1981). *Pain: A Spike-Interval coded message in the brain*. New York, Raven Press.

Farthing, G. W. (1992). *The psychology of consciousness*. Englewood Cliffs. N. J: Prentice Hall.

Flanagan, O. (1996). "Deconstructing dreams: the spandrels of slepp" en Hameroff, S., Kaszniak, Scott, A. edits. *Toward a Science of consciousness. The first Tucson discussions and debates*. The MIT Press. Cambridge, Massachusetts.

Freud, S. (1895d) con Breuer, *Estudios sobre la histeria*, en *Obras Completas*. Buenos Aires. Amorrortu Editores (AE), vol. 2.

(1900a). *La interpretación de los sueños*, en AE, vols. 4-5.

(1905d). *Tres ensayos de teoría sexual*, en AE, vol. 7.

(1912-13). *Totem y tabú*, en AE, vol. 13.

(1915c). "Pulsiones y destinos de pulsión", en AE, vol. 14.

(1915e). "Lo inconsciente", en AE, vol. 14.

(1916d). "Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo analítico", en AE, vol. 14.

(1917d). "Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños", en AE, vol. 14.

(1919h). "Lo ominoso", en AE, vol. 17.

(1920g). *Más allá del principio del placer*, en AE, vol. 18.

(1921c). *Psicología de las masa y análisis del yo*, en AE, vol. 18.

(1922b). "Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad", en AE, vol. 18.



- (1923b.) *El yo y el ello*, en AE, vol. 19.
- (1924c). “El problema económico del masoquismo”, en AE, vol. 19.
- (1925h). “La negación”, en AE, vol. 19.
- (1926d). *Inhibición, síntoma y angustia*, en AE, vol. 20.
- (1930a). *El malestar en la cultura*, en AE, Vol. 21.
- (1931b). “Sobre la sexualidad femenina”, en AE, vol. 21.
- (1933a). *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, en AE, vol. 22.
- (1940a). *Esquema del psicoanálisis*, en AE, vol. 23.
- (1950a). *Los orígenes del psicoanálisis*, en AE, vol. 1.
- Garver, A. A. (1880). “The periodic character of voluntary nervous action”. *Amer. J. Sci.*, 3rd. Series, 20: 189-193.
- Gazzaniga, M. S. “Consciousness and the Cerebral Hemispheres”, en *The cognitive neurosciences*. Bradford. Londres, 1996.
- Gray Hardcastle, V. (1996). “The binding problem and neurobiological oscillations” en Hameroff, S., Kaszniak, Scott, A. edits. *Toward a Science of consciousness. The first Tucson discussions and debates*. The MIT Press. Cambridge, Massachusetts.
- Greimas, A. J. (1970). *En torno al sentido*. Madrid. Fragua, 1973.
- Güzeldere, G. (1995). “Problems of consciousness: a perspective on contemporary issues current debates”, *J. Consciousness Studies*, 2:112-143.
- Hameroff, S (1995). “Quantum coherence in microtubules: A neural basis for emergent consciousness?”, *J. Consciousness Studies*, 1:91-118.
- Hameroff, S., Kaszniak, Scott, A. edits. (1996). *Toward a Science of consciousness. The first Tucson discussions and debates*, The MIT Press. Cambridge. Massachusetts.
- Hardcastle, V. G. (1994). “Psychology’s binding problem and possible neurobiological solutions”, *J. Consciousness Studies*, 1(1): 66-90.



- Hobson, P. (1993). "Understanding persons: the role of affect", en Baron-Cohen, S., Tager-Flusberg, H. y Cohen, D. (comps.), *Understanding Other Minds: Perspectives from Autism*. 204-207. Oxford. Oxford University Press.
- Humphrey, N. (1992). *Una historia de la mente. La evolución y el nacimiento de la conciencia*. Gedisa. Barcelona, 1995.
- Johnson, M. H. (1995). "The development of visual attention: A cognitive neuroscience perspective", en *The cognitive neurosciences*, Gazzaniga, M. S. (comp.). Londres. Bradford, 1996.
- Lacan, J. (1936). "El estadio del espejo como formador de la función del yo", en *Escritos*, México. Siglo XXI, 1975, vol. I.
- (1954). "Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud", en *Escritos*, en op. cit. Vol. I.
- (1964b). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Barcelona. Barral, 1974.
- Lestienne, R. (1996). "Determination of the precision of spike timing in the visual cortex of anesthetized cats". *Biolog. Cybernetics*, 74:55-61.
- Lestienne, R., Strehler, B. L. (1987). Time structure and stimulus dependence of precise replicating patterns present in monkey cortical neuronal spike trains". *Brain Res.*, 43: 214-238.
- Liberman, D (1970). *Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico*. Buenos Aires. Galerna-Nueva Visión, 1971-72.
- Liberman, D. y Maldavsky, D. (1975). *Psicoanálisis y semiótica*. Buenos Aires, Paidós, 1974.
- Libet, B. (1995). "Attestable field theory of mind-brain interaction". *J. Consciousness studies*, 1(1):119-129.
- Livingstone Smith, D. (2000). "Freudian science of consciousness: then and now", *Neuro-Psychoanalysis*, Vol. 2, 2000, Nº 1.
- Maldavsky, D. (1968). *Las crisis en la narrativa de Roberto Arlt. Algunas contribuciones de las ciencias humanas a la comprensión de la literatura*, Buenos Aires. Escuela.



- (1973). *Teoría literaria general. Enfoque multidisciplinario*. Buenos Aires. Paidós, 1974.
- (1976). *Teoría de las representaciones*. Buenos Aires. Nueva Visión, 1977.
- (1980). *El complejo de Edipo positivo: constitución y transformaciones*. Buenos Aires. Amorrortu Editores, 1982.
- (1986). *Estructuras narcisistas. Constitución y transformaciones*. Buenos Aires. Amorrortu Editores, 1988.
- (1990). *Procesos y estructuras vinculares*. Buenos Aires. Nueva Visión, 1991.
- (1992). *Teoría y clínica de los procesos tóxicos*. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- (1993). *Judeidad. Modalidades subjetivas*. Buenos Aires. Nueva Visión, 1993.
- (1995a). *Pesadillas en vigilia. Sobre neurosis tóxicas y traumáticas*. Buenos Aires. Amorrortu Editores, 1996.
- (1995b). *Linajes abúlicos*. Buenos Aires. Paidós, 1996.
- (1997). *Sobre las ciencias de la subjetividad*. Buenos Aires. Nueva Visión, 1997.
- (1998a). *Casos atípicos. Cuerpos marcados por delirios y números*. Buenos Aires. Amorrortu Editores, 1999.
- (1998b). *Lenguajes del erotismo*. Buenos Aires. Nueva Visión, 1999.
- (1999a). *Lenguaje, pulsiones, defensas*. Nueva Visión, 2000.
- (1999b). “Los dobles, la ligadura pulsional y los procesos subjetivos”, en Braier, E., compilador de *Gemelos. Narcisismo y dobles*. Paidós. Buenos Aires, 2000.
- (2001). *Análisis computacional del lenguaje desde la perspectiva psicoanalítica*, inédito.
- Maldavsky, D., Bodni, O., Cusien, I., Roitman, C., Tamburi, E., Tarrab de Sucari, E., Tate de Stanley, C., Truscello de Manson, M. (2000) *Investigaciones en procesos psicoanalíticos. Teoría y método: secuencias narrativas*. Nueva Visión, 2001.
- Maldavsky, D., Costa, G., Katz, G., de Oliveira, F. (2001). *La teoría, el método y la investigación psicoanalítica contemporánea*, inédito.



- Maldavsky, D. et al. (1983). *Sexualidad femenina y procesos de pensamiento*. Buenos Aires. Finnegans, 1983.
- Moscovitch, M. (1995). "Models of consciousness and memory", en *The cognitive neurosciences*, Gazzaniga, M. S. (comp.), Londres, Bradford, 1996.
- Mountcastle, V. (1967). "The problem of sensing and the neural coding of sensory events", in *The neurosciences: a study program*, ed. G. C. Quarton, T. Melnechuk Schmitt. New York. Rockefeller University Press.
- (1993). "Temporal order determinants in a somatosthetic frequency discrimination: Sequential order coding", *Ann NY Acad. Sci*, 682: 151-170.
- Pavlov, I. C. (1949). *Obras completas recopiladas*, vols. 1-6, tzd. Akad. Nauk SSSR, Moscú y Leningrado.
- Perkell, D. H. and Bullock, T. H. (1968). "Neural coding", *Neurosci. Res. Prog. Bull.*, 6 (3): 221-348.
- Piaget, J. (1959). *La formación del símbolo en el niño*. México. Fondo de Cultura Económica, 1961.
- Pribram, K. (1971). *Languages of the Brain: experimental paradoxes and principles in neurophysiology*. New York. Brandon house.
- Pribram, K. y Gill, M. (1976). *El <<Proyecto>> de Freud*. Buenos Aires. Marymar, 1977.
- Rieke, F., Warland, D., de Ruyter van Steveninck, R. and Bialek, W. (1997). *Spikes: Exploring the neural code*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Sarbin, T.R. (1986a). (Ed.). *Narrative Psychology: the Storied Nature of Human Conduct*. Praeger, New York.
- (1986b). "The narrative as root metaphor for psychology", in T.R. Sarbin (Ed.) *Narrative Psychology: the Storied Nature of Human Conduct*. Praeger, New York.
- Shorojova, E. V. (1963). *Fundamentos fisiológicos de la conciencia*. Grijalbo. México, 1979.
- Spitz, R. (1955). "The primal cavity", *The Psychoanalytic Study of the Child*. Nueva York, International Universities Press, 10.



Tarrab de Sucari, E. (1995). "Doble, respiración y ritmo en un canto esquimal". *Actualidad Psicológica*. 222.

Tate de Stanley, C. (2001). "Pulsión y olfato", inédito.

Trevarthen, C. (1982). "Los motivos para entenderse y cooperar", en Perinat, A. (comp.), *La comunicación preverbal*. Barcelona. Avesta.

(1989). "Les relations entre autisme et développement socioculturel normal: arguments en faveur d'un trouble primaire de la régulation du développement cognitif par les émotions", en Lelord, G., Muh, J. P., Petit, M. & Sauvage, D. (coms.), *Autisme et troubles du développement global de l'enfant*. Paris. Expansion Scientifique Française.

Trevarthen, C. y Hubley, P. (1978). "Secondary intersubjectivity: confidence, confiding and acts of meaning in the first year", en Lock, A. (comp.), *Action, gesture and symbol*. Londres. London Academic Press.

Winnicott, D. W. (1971). *Realidad y juego*. Buenos Aires. Granica, 1972.

Primera versión: 10 de julio de 2001

Aprobado: 10 de octubre de 2001